

tú no podías relevar por tí mismo á tu teniente coronel, te se ha ocurrido venir á pasearte á la luz de la luna á los jardines. Pues mira, tienes buen gusto; lo mismo se me habia ocurrido á mí. Pero yo no te creo, Salmedina, yo no te creo; tú vienes aquí á otra cosa, ¿eh? á otra cosa, de la cual necesito me des explicaciones: sigueme, y sobre todo ponte el sombrero, hombre, ponte el sombrero, hace mucho frio; ya ves que yo traigo bien abrigada la cabeza; sentiria mucho te diese una mala enfermedad; ya sabes que el rey, el príncipe y yo te estimamos sobremanera.

Y la princesa se puso rápidamente en marcha.

Atravesó el jardín ganando una calle recta, por la cual se ganaban algunos minutos, y llegó á una galería, por la cual se perdió.

—Dame la mano,—dijo la princesa;—esto está oscuro, tú no conoces esto: yo he bajado sin luz, porque para mí es perfectamente conocido.

El conde dió la mano á la princesa.

Aquella mano era pequeña, de una forma bellísima á juzgar por el tacto, y excesivamente mórbida.

Estaba fria, y temblaba de una manera demasado sensible.

—¡Diablo! ¡diablo!—exclamó para sí el conde;—hé aquí otra aventura imprevista; hé aquí que mi situacion se complica: y bien, adelante; ese canalla de marqués de Arosa tiene sin duda don de adivinacion, ó habla por adelantado; ¿será cierto, aunque yo no lo haya conocido, que la princesa es imprudente respecto al mundo y hace creer por las apariencias lo

que no existe? Piés de plomo, Luis, piés de plomo; estos amores reales deben ser muy peligrosos... y luego me duele faltar á la fe que debo á mi arcángel. ¡Oh, Dios mío!

—¿En qué vas pensando, Salmedina?—dijo la princesa á tiempo que conducia por unas escaleras alfombradas al conde;—tú piensas en algo, ¿eh?

—Sí, señora, sí; pienso...—contestó el conde.

—¿Y en qué piensas, Salmedina?—dijo la princesa, cuya voz dejaba conocer una mayor conmocion de momento en momento.

—Pienso, señora,—respondió el conde,—en que vuestra alteza me hace un grande honor.

—No, no, mal pensado,—exclamó la princesa;—yo no te hago honor alguno; por el contrario, voy á juzgarte; yo no sé con qué intenciones estabas en el jardin, y podrá suceder muy bien nos encontremos con un reo de alta traicion; si eso resulta, seré severa, severísima contigo, Salmedina.

Y el conde sintió una viva, dulce y significativa presion de la mano de la princesa.

El conde estaba más impresionado de lo que él hubiera querido, á causa de su amor por Margarita.

—Sintió algo de indignacion contra sí mismo.

—Aseguro á vuestra alteza...—dijo.

—Ya, ya me explicaré,—interrumpió la princesa;—hemos acabado de subir.

Y tiró dulcemente del conde.

A poco empujó una puerta.

Ya habia allí luz.

—Era un largo pasadizo alfombrado.

En él habia tres faroles puestos de trecho en trecho en la pared.

A pesar de que el conde no necesitaba ya ser guiado, la princesa no soltó su mano.

El conde se descubrió.

Al llegar á la puerta situada al extremo del corredor, el conde dijo:

—Permitame vuestra alteza, señora, dejar aquí mi capa.

—No, no,—dijo la princesa;—no dejemos ningun indicio; yo me constituyo en tribunal secreto; podría sobrevenir alguien.

La princesa empujó aquella puerta.

Pasó, llevando siempre asido de la mano al conde de la Salmedina.

Una vez pasada aquella puerta, la princesa soltó la mano de don Luis.

Luego se quitó un riquísimo chal de la India que envolvía su cabeza, y le arrojó sobre un sillón.

—Ahora puedes dejar tu capa y tu sombrero,—dijo la princesa.

—La capa bien,—dijo para sí el conde;—pero el sombrero... esto es extraño, una infraccion de la etiqueta.

Y mientras tanto habia puesto sobre un magnífico sillón, sin cuidar si se manchaba ó no, su capa y su sombrero, que estaban completamente mojados.

El conde notó que se encontraba en la recámara,

como si dijéramos en el gabinete particular, de confianza de la princesa de Asturias.

Esta cerró las dos puertas del retrete.

—Cuando los juicios son secretos,—dijo,—es necesario impedir que un atrevido indiscreto escuche; siéntate.

Y señaló al conde un ancho canapé que estaba junto á la chimenea.

—¡Cómo, señora!—exclamó el conde;—en presencia de vuestra alteza.

—Siéntate,—dijo con alguna impaciencia doña María Luisa.

—Perdóneme vuestra alteza si la replico,—dijo el conde;—pero me violento.

—Pues violentate, ó mejor dicho obedece, yo te lo mando; pero siéntate ahí hácia la chimenea; á mí me incomoda el fuego de cerca.

El conde y la princesa se sentaron.

Doña María Luisa era muy jóven, como que apenas llegaba á los catorce años, y si no podia llamársele hermosa, no podia ménos de sentirse junto á ella una impresion más fuerte aún que la que causa la hermosura.

Era excesivamente graciosa, viva, simpática, insinuante, excitante, espiritual.

Era levemente morena, con ese moreno especial y voluptuoso de las italianas, que parecen tener quemada la piel por la sangre.

Sus ojos eran pequeños, pardos; pero vivos, expresivos, traviosos y de una belleza infinita.

Su cabellera castaña, era magnífica.

Y en cuanto á sus formas, eran de una belleza espléndida, realzadas por una estatura más que mediana y por una gallardía infinita.

Los brazos, que gustaba de ostentar, eran incomparables.

Si María Luisa, conservando su atractivo, hubiese tenido en el semblante la correccion y la belleza de la estatua griega, hubiera sido mortal.

Tal como era, arrebatada.

El conde se sentia incómodo, á pesar de lo tentador de la aventura.

Estaba fuertemente impresionado por Margarita, y de una manera tal, que aquella impresión venia fácilmente toda otra.

—Yo sé,—dijo la primera,—que tú eres un traidor.

—Señora,—exclamó el conde.

—Si, si,—dijo la princesa.—¿Crees tú que á mí se me oculta por qué estabas en el jardín y junto al postigo?

—Señora...

—Si, si, tú estabas sin duda en el cuarto del jefe de parada cuando llegó la orden de que se retirasen los centinelas del lado del postigo. Tú has extrañado esto, has pensado mal de mí, y has venido á observarme; lo que determina, no sólo una traicion, sino una ofensa á una dama.

Los Borbones han sido siempre astutos y excesivamente perspicaces para las pequeñas cosas.

En cuanto á las cosas grandes, han sido torpes, incluso Luis XIV.

Han confiado en demasía en sí mismos y en su buena estrella, y han sufrido grandes expiaciones.

Enrique IV de Francia, demasiado confiado en su política de temperamentos, y de concesiones y de transacciones, encontró el puñal de Ravallac.

Luis XIV murió con la amargura de no haber podido realizar su sueño de dominio continental.

Felipe V, combatido por los partidos, se vió obligado á abdicar.

Cárlos III se veía rudamente atacado por tendencias enemigas.

Cárlos IV fué destronado por su hijo, ayudado por el pueblo español, que se cansa muy pronto de sus reyes y deja hacer á los partidos, que más que cuerpos políticos, son cofradías de intrigantes.

Luis XVI, en Francia, habia caído en la báscula de la guillotina.

Fernando VII se vió obligado á ser tirano para defender su corona, y sucumbió á una muerte no bien definida aún.

Su hija encontró la proscripción cuando ménos lo esperaba.

Sí, los Borbones, que son excesivamente perspicaces para todo lo pequeño, perfectamente astutos para engañar á los más despiertos; cuando se trata de las cosas grandes, de las cosas definitivamente determinantes, son ciegos y torpes.

María Luisa habia dado en el quid de la pequeña

intriga que habia producido la presencia del conde de la Salmedina en los jardines de la parte sur.

—Protesto á vuestra alteza, señora,—exclamó el conde,—que yo no tenia el objeto que vuestra alteza supone.

—¡Ah! ¡sí!—dijo la princesa,—la larga y violenta carrera que has hecho sin duda [para venir, no á ocupar tu puesto, porque esto no podia ser sin una nueva orden despues de constituido el servicio, sino para vigilar tu tropa, ha debido sofocarte, ha debido hacerte sentir la necesidad de respirar el fresquísimo aire de la noche; pues mira, no vuelvas á hacer eso, porque te expones á una pulmonia, y yo sentiria mucho te sucediese una desgracia.

Habia algo de sarcástico, algo de burlon, algo de agresivo, algo que representaba un despecho y una impaciencia y una voluntariedad, mal contenidos, en el acento de la princesa.

Pero todo esto de una manera ambigua, delicada, apenas perceptible, y por lo mismo más punzante.

—No sé, señora,—dijo el conde,—por qué vuestra alteza me supone intenciones que yo no he tenido.

Ardió una mirada incomprensible en los ojos de Maria Luisa.

Una mirada á la cual podia atribuirse una infinidad de móviles, y todos contradictorios.

Una mirada en que habia mucho de la colérica fiereza de la leona, y al mismo tiempo no sabemos cuántas expresiones halagadoras.

El conde se aturdió.

Aquella mirada le habia dominado, le habia irritado al mismo tiempo de una manera imponderable.

Una de las expresiones, de las múltiples expresiones que habian aparecido á un tiempo en aquella mirada inmensa, habia sido la de un desprecio humillante y soberbio, y al mismo tiempo parecia como que habia querido decir:

—¿Quién eres tú, que te atreves á hacerme creer que no me comprendes? ¿Quién eres tú, que me humillas obligándome á hablar demasiado? ¿No sabes tú, ó debes saber, que yo quiero se me comprenda por una sola palabra?

El conde conoció todo el valor de esta mirada; pero no pudo compaginar los diversos sentimientos que habia expresado.

Guardó silencio y bajó los ojos ante la mirada de la princesa, de miedo de que de sus ojos partiese una mirada tal, que produjese una situacion extremadamente difícil.

—A mí me gusta mucho la franqueza,—dijo María Luisa.

—¿Y si yo, señora, no me atreviese, no debiese decir la causa de mi presencia en el jardin?—dijo el conde, que comprendió que se estaba en el momento solemne, en el momento preciso, y era necesario arrostrar por todo.

—Pues atrévete, atrévete,—dijo María Luisa con una encantadora ligereza;—yo soy muy indulgente, yo sé perdonar.

—Pues bien, señora,—dijo el conde, levantando los ojos y mirando de una manera tranquila y profunda á la princesa;—yo tenia celos.

—¿Celos?...—exclamó Maria Luisa, sonriendo de una manera lánguida.—¡Celos!... ¿Y de qué? ¿Por qué?

—Señora,—dijo el conde,—vuestra alteza puede castigarme en buen hora; pero yo he sufrido demasiado, y el sufrimiento me da valor para desafiar todo lo que puede sobrevenirme; en una palabra, yo estoy loco, yo adoro á vuestra alteza.

—¡Ah, conde!—exclamó la princesa.—¿Por qué te has atrevido á tanto?

Maria Luisa temblaba, estaba pálida como un cadáver al pronunciar estas palabras.

El conde no tuvo duda de que la princesa no se habia corrompido aún, de que hasta entonces nadie podia tener derecho á decir que habia sido favorecido por ella.

—¡Ah!—exclamó el conde, envuelto y arrastrado por aquella situacion tentadora, y asiendo una mano de la princesa.—Vuestra alteza no se irrita contra mí; seré tan inmensamente dichoso...

—Déjame, déjame,—exclamó la princesa, retirando su mano de la del conde;—eres muy atrevido: yo no sé, no sé... pero me has hecho mucho mal. ¡Ah! No, no, yo no puedo, yo no debo... hablemos, hablemos de otra cosa; no pensemos más en esto. ¡Ah! No; esto es un sueño, una locura; pero quiero, quiero saber si has pensado mal de mí: tú has su-

puesto que yo tenía una cita, puesto que dices que has tenido celos.

—¡Ah! ¡Perdon, señora de mi alma, perdon!— exclamó el conde, que comprendió que recejar era más peligroso que avanzar;—el amor es niño y ciego; perdonadme, señora mía, perdonadme.

Y se arrojó á los piés de María Luisa, la asió las dos manos, y las oprimió contra sus labios.

María Luisa le rechazó dulcemente, y le dijo:

—Siéntate, y creeme: olvidémonos de lo que es imposible, por doloroso que sea para entrambos este sacrificio.

—¡Cómo!— exclamó el conde verdaderamente trasportado, completamente olvidado, y esto hay que dispensárselo en vista de la situación, de Margarita.—¡Vuestra alteza me ama! ¡Que me amas tú, diosa de mi alma!

—¡Oh, Dios mio!— exclamó la princesa.—¿Que si yo te amo, conde!

Y se puso la mano sobre el pecho, como para contener los violentos latidos de su corazón.

Su alentar era potente y fatigoso, su mirada ardía.

—¡Ah! Olvidemos, olvidemos,— exclamó.—Tú no sabes. ¡Ah! Tú no sabes la terrible lucha que me hace sufrir un tormento insoportable. ¡Que si yo te amo!... Calla, calla, no me hables de eso, porque me voy á volver loca.

El tuteo de la princesa no era entonces el del rey al vasallo, sino el de la amante al amado.

—¡Ah! no, no,—exclamó el conde,—yo no quiero, yo no puedo callar, el corazón me arrastra, mi cabeza se pierde. ¡Ah, yo creía imposible el logro de mi insensata pasión!

—Pues mira,—dijo la princesa sonriendo con toda su alma y dando una muestra de la volubilidad de los de su raza;—ojos era necesario tener para caer en la cuenta de que tú estabas enamorado de mí. ¡Ah, conde! yo no veía en tí más que respeto y una galantería completamente cortesana; admirable, pero que me irritaba; porque yo decía: señor, ¿está ciego este hombre?

—¡Ah, señora! Yo no me atrevía á esperar... Mi propia pasión me cegaba.

—Dejemos, dejemos, te repito, esta conversacion que me espanta; mira, yo te amo como tú no puedes amarme; imposible, tú no tienes el corazón como yo. Mi corazón es un volcán; yo te amo casi casi hasta la locura; pero no puedo olvidarme de lo que debo á mi dignidad y á mi virtud; el amor es terrible, nos acomete á traición, empieza por insinuarse blandamente, para apoderarse mejor de nosotros, y cuando se nos revela en circunstancias imposibles, nos aterra, porque nos ha hecho sus esclavos. ¡Ah! sí, sí; yo soy casi casi esclava de este amor, que me se ha entrado traídoramente en el alma; pero ¡Dios mío, yo no sé por qué digo estas cosas! No sé cómo hemos podido entrar en esta conversacion. Mira, olvídate de ella, y si no puedes olvidarte, comprende lo imposible de este pobre amor, no me hagas la más infeliz de las mujeres.

—¡Ah! No hay felicidad como la del amor,—exclamó el conde,—y tanto más cuanto más graves son las dificultades y los respetos que tiene que vencer.

—¡Ah, conde, conde! tú eres muy malo; tú conoces el imperio que ejerces sobre mí, y quieres perderme; eres un egoísta.

El conde comprendió que era necesario un gran tacto, una gran habilidad.

La princesa era recelosa.

Habia que evitar llegase á creer que él se aprovechaba de las ventajas que le daba el amor de la princesa y la ocasion.

María Luisa tenia el alma delicada, altiva y violenta.

Su pasión por el conde era en gran manera disculpable.

Don Luis era un hombre de esos que agradan á todas las mujeres, y favorecido además por todas las ventajas.

La figura, la riqueza, el rango, la educacion, la costumbre del mundo, el talento.

María Luisa lo habia aspirado todo esto de una manera involuntaria, y como ella habia dicho muy bien, se habia enamorado sin saberlo, sin comprenderlo, hasta que aquel amor se habia hecho invencible.

Sin embargo, María Luisa no habia dado un solo paso hácia aquel amor.

Si le habian adivinado los centenares de ojos rebuscadores que hay siempre al rededor de los reyes

espiando sus más leves movimientos para aprovecharlos, ella no habia podido impedirlo.

El amor rebosa, por decirlo así, del cuerpo que le contiene, y lanza involuntariamente todas sus tentadoras manifestaciones sin que se aperciba de ello el enamorado que las produce.

Por eso es tan exacto el proverbio vulgar: el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

El amor no es otra cosa que el resultado de una atracción absoluta é invencible de un sér por otro sér.

Pero continuando, María Luisa habia guardado para sí su despecho dentro de una rígida dignidad.

Sin aquella ocasion, producida por el acaso, es muy posible que jamás hubiese llegado el momento de una explicacion.

—Señora,—dijo el conde,—yo comprendo todo cuanto debe sentir vuestra alteza por lo que yo mismo siento; vuestra alteza tiene razon: yo debo resignarme al martirio, yo debo hacer todo cuanto esté de mi parte para que vuestra alteza...

Sucedieron algunos instantes de silencio.

—¿Por qué no continuas?—dijo anhelante María Luisa.

—¡Ah, señora!—exclamó el conde.—Porque no sé qué decir ni qué hacer para probar á vuestra alteza el profundo respeto que, á par del amor que me enloquece, vuestra alteza me inspira; yo ruego rendidamente á vuestra alteza me dé licencia para que me retire.

La princesa miró con ánsia al conde, que se ha-

bia levantado, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho y se puso las manos en la frente cubriendo sus ojos.

—Señora, ¡por piedad!—exclamó el conde.—Yo me estoy muriendo.

Y don Luis no mentía.

Se sentía aniquilado.

La princesa de Asturias representaba para él un universo.

Maria Luisa se arrancó la mano de sobre los ojos, se la pasó por la frente, y dijo mirando de una manera indescribible al conde:

—Siéntate; lo demás sería una fuga vergonzosa, de la que nos encontraríamos cómplices los dos: una cobardía; cuanto más grave es el peligro, con más valor se le debe arrostrar; siéntate, y escucha: nosotros podemos amarnos con toda nuestra alma, expiando este amor que no podemos evitar con el sacrificio de nuestra felicidad; sí, podemos amarnos silenciosamente, y desde lejos; saber que el uno y el otro poseemos un corazón que sólo por nosotros siente, que sólo por nosotros se agita. ¡Oh! Esta debe ser una felicidad inmensa; ¡por qué habia yo hablado de sacrificios? ¡Oh! ¡Sí, sí! Esta es una felicidad de los cielos; ¡pero Dios mio! la verdad es que yo no sé lo que me digo,—exclamó la princesa en un nuevo cambio de sentimiento;—la verdad es que yo estoy sobrecogida, que yo no esperaba encontrarte de una manera tan inesperada; venimos al fin á una cuestion grave para mí: ¿crees tú que yo he mandado retirar los centinelas

de la parte del postigo para favorecer la entrada de alguna persona cuya aproximacion á mi deba yo ocultar? Si, tú lo has creido, puesto que me has dicho que has ido al jardin impulsado por los celos. ¡Ah! No, no tengas celos; yo no quiero que los tengas, primero por mi dignidad, despues porque yo no quiero que tú creas que hay un solo hombre en el mundo á quien María Luisa ama, sino tú.

—¡Ah, señora!—exclamó el conde.—Yo creo haber tenido el honor de decir á vuestra alteza que el amor es niño y ciego, y se engaña fácilmente.

—¡Vuestra alteza! ¡vuestra alteza!—dijo María Luisa;—ha habido un momento en que me hablabas de tú, y esto me inundaba el alma de una felicidad incomparable, deliciosa. ¿Hay algo que nivele las criaturas más que el amor? Y luego, ¿cómo ocupar una posicion superior la que realmente es una esclava?

—¡Oh, María, María de mi alma!—exclamó el conde, volviendo á asir una mano de la princesa y besándola trasportado.

Ella despues de algunos segundos retiró su mano.

—Pues bien,—dijo el conde,—puesto que Dios ha querido que este desventurado amor, que no puede llegar á todas sus satisfacciones, nos iguale, yo necesito explicarme completamente contigo, María; sí, yo quiero llamarte María, como nadie te llama, María solamente; oye, arcángel: ha habido un momento en que he creido que tú recelabas, que tú desconfiabas de mi amor.

—¡Oh, sí!—exclamó María Luisa con altivez,—

ha habido un momento en que me he indignado, un momento en que he creído que tú no me comprendías bien; pero no, no,—añadió cambiando de tono y dejando oír al conde ese dulce é irresistible acento del amor, que sólo poseen en toda su intensidad las italianas,—ya no recelo, te comprendo como tú me comprendes, soy tan tuya como tú eres mio; mi alma y la tuya no son más que un alma: Luis voy á probarte hasta qué punto tú y yo somos un mismo sér, un sér glorioso. ¡Qué importa todo! ¡Ah! La gran dificultad de mi amor era el recelo que me inspirabas, y que ya no existe; pero quiero que tú no receles de mí, ni tampoco que tengas la más leve razon para despreciarme por que te ame, por que sea tuya, por que en la intimidad de mi vida, en el misterio de mi felicidad no pertenezca á otro más que á tí. Empecemos por la causa de que yo haya hecho retirar los centinelas; voy á decirte muy pocas palabras, porque en esta noche inolvidable quiero que hablemos lo ménos posible de todo lo que no sea nuestro amor; oye, yo soy traidora.

—¡Traidora!—exclamó el conde.

—Sí, quiero mejor que sepas que incurro á sabiendas y con toda mi voluntad en el delito de lesa majestad contra el rey nuestro señor, que el que creas por un solo momento que no es tuya la virginidad de mi alma; sí, conspiro, y mi imbécil marido el señor príncipe de Astúrias, que no ha nacido más que para cazar y comer, y que es grasa pura, conspira también; nos tarda ser reyes, y hay á quien tar-

da tambien en que el señor rey don Carlos III sienta la necesidad de descansar de las afanosas tareas del gobierno; ya ves tú si yo creo en tu amor, cuando te revelo cosas tan graves.

—Y bien, ¿qué me importa todo?—dijo el conde.—La muerte, la deshonra, hasta el aniquilamiento de mi alma, son poca cosa comparados contigo, Maria; pero es necesario ser muy cautos, adorada de mi alma; es necesario saber elegir los instrumentos de que es preciso valerse para conspirar.

—Nosotros no tenemos instrumentos,—dijo la princesa,—sinó cómplices, y cómplices poderosos.

—¿Quiénes son?—preguntó el conde.

—Los jesuitas,—respondió Maria Luisa.

—¡Los jesuitas!—exclamó profundamente don Luis.

—Sí, amigo mio, si,—dijo la princesa;—esos señores de sotana negra encuentran que el rey nuestro señor no los sirve tanto como ellos quisieran cuando se trata de la gran sotana blanca, y esto que el señor rey nuestro amo es pronunciadamente antipapista y apegado á las regalías de la corona; pero creo haberte dicho ya lo bastante acerca del motivo que he tenido para hacer retirar los centinelas.

—¿Era, pues, un jesuita el que tú esperabas?

—¡Oh! Sí, un hombre muy notable, mejor dicho, un hombre terrible, á quien no comprendo y que no sé por qué me espanta.

—El padre Mariano, que era jesuita,—dijo el conde,—estuvo preso ó perseguido, no soy muy fuerte en

historia, por un libro que escribió, y en el que, según creo, se esforzaba en probar que el regicidio podía ser necesario, lícito y aun obligatorio. ¿Se tratará de un regicidio, María?

—¡Ah! No, no,—exclamó vivamente la princesa.—¡Qué horror! ¡El buen papá! ¡Ni yo, ni Carlos, consentiremos en ello! ¿Has creído tú que la mujer á quien amas es capaz de ennegrecer su conciencia con un parricidio?

—¡Oh! La debilidad, la ambicion, María...

—Si con una abdicacion, si simplemente con una abdicacion se puede salir del paso, ¿á qué exagerar? ¿No abdicaron el señor emperador Carlos V, nuestro ilustre progenitor; el señor don Felipe V, nuestro amantísimo tio, el señor don Fernando VI, no estuvo a punto de abdicar por el dolor que le causó la muerte de su mujer? Sin contar con otros muchos que nos encontraríamos remontando la historia de nuestros reinos. Todos ellos abdicaron ó cayeron por las conspiraciones de sus herederos inmediatos, y nosotros caeremos un dia del mismo modo. El heredero de una grandeza tal con una corona, se impacienta, le viene duro ser vasallo, y cree siempre que su padre ó su hermano han reinado ya bastante. Nadie abdica una tan alta y tan potente autoridad como la autoridad real, sino por la fuerza. La corona, por poco que sea el tiempo que se ciña, se adhiere tan fuertemente á la cabeza, que no puede arrancársela sin herir mortalmente á aquel á quien de ella se despoja. Nosotros hacemos lo que han hecho con

los suyos nuestros padres, y lo que nosotros hacemos contra nuestros padres, lo mismo harán con nosotros nuestros hijos; ¡Luis! ¡Luis! no sé por qué se nos envidia: el precio de nuestra grandeza es horrible; no tenemos padres, ni hermanos, ni hijos, ni amor, ni amistad. Todo lo que nos rodea es enemigo nuestro. No podemos obtener nada sino pagándolo continuamente á un precio enorme, y muchas veces á costa de dolorosas humillaciones... ¡Reinar, reinar!... Reinar es ser la roca árida y desnuda, combatida constantemente por un turbulento océano, y herida frecuentemente por el rayo; pero esa roca es gigantesca, majestuosa, espanta. Y este sentimiento de la majestad que inspiramos, este espanto que producimos, halaga de tal manera nuestra vanidad, que á trueque de todos los sacrificios, de todos los martirios, queremos ser reyes; nos impacientamos por serlo, conspiramos contra el rey que ocupa el trono, y no vemos en él ni á nuestro padre, ni á nuestro hermano. No vemos más que un obstáculo á nuestra ambicion que es necesario remover; pero ni mi ambicion, ni la de Carlos llegan hasta el punto de pretender cambiar en una tumba el trono de nuestro padre.

—Pero acabas de decir, María,—exclamó el conde, que escuchaba espantado á la princesa,—que la abdicacion es la muerte.

—Y bien,—exclamó María Luisa;—nosotros caeremos mañana del mismo modo, estoy segura de ello, porque he pensado mucho, y he comprendido

nuestro destino. La historia de los reyes es siempre una tragedia, terminada por una dolorosa catástrofe: muchas veces esta catástrofe queda envuelta en el misterio, que guarda constantemente esa casa dorada y espléndida que se llama palacio. ¡Oh! ¡Cuánto podrian decir los muros de ese palacio si hablaran!... Y bien, ¿por qué luchar contra nuestro destino?—añadió con una extraordinaria vehemencia María Luisa.—La conspiracion no nace en nosotros: intereses egoistas que nos cercan nos impulsan á ella. Si no conspiráramos contra el rey, otros conspirarian contra el rey y contra nosotros. Voy á decirte lo que yo pienso acerca de los reyes. Yo para tí no soy ni una princesa ni una reina: soy tu alma, tu amante. Pues bien; yo estoy segura de que pesa una maldicion permanente, irredimible, sobre los reyes. Y por eso, por eso, yo busco una expansion, algo de aire, de vida, fuera de esa atmósfera mefítica, de esa atmósfera abrasadora que nos rodea... Yo quiero vivir, yo quiero ser mujer, tener lo que todas las mujeres que no son reinas tienen: un amor del alma, un fuego dulcísimo que devore mis entrañas... ¡Ah! á nosotras las pobres princesas se nos casa sin atender á nuestro corazon, segun lo aconsejan la política, la razon de Estado, los pactos de familia... Se nos pone una corona en la cabeza, como si esto fuera bastante para saciar la sed de nuestra alma, y se nos arroja en brazos de un hombre á quien no conocemos, que generalmente es para nosotras antipático, si no repugnante; en vez de los goces sencillos y encantado-

res de la familia, encontramos la etiqueta, la fria etiqueta, exactamente cumplida por el servilismo de los cortesanos. Todo lo que sentimos es monótono: para todo al rededor de nosotros hay una fórmula... ¡Ah! la esclavitud de los reyes es la más horrible, la más seca, la más fria de todas las esclavitudes. Estos momentos de libertad, de amor, de confianza que yo gozo contigo, son inapreciables, valen un millon de coronas... Y sin embargo, yo quiero ser reina, yo quiero serlo, si, y lo seré: es mi destino, y voy adonde él me impulsa. ¡Oh! Cuando yo sea reina... pronto... cuando yo sea reina, tú serás... Figúrate lo que tú serás cuando sea reina tu alma. ¡Ah! Luis, Luis mio: no me olvides, no me engañes, no me vendas, no me insultes: hace mucho tiempo ansiaba yo llegase la situacion en que una casualidad nos ha puesto. Yo te he abierto mi alma y mis brazos; el corazon de la mujer ha matado por tí la altivez de la reina; pero ¡guarda! ¡ay de tí si un dia ofendes este amor que yo no he podido contener, este amor que me vuelve loca; este amor que me mata!

Y la princesa dejó caer su cabeza sobre el pecho del conde, y lloró larga y silenciosamente.

Don Luis se creia presa de un sueño.

Su pensamiento se embrollaba.

No podia coordinar dos ideas.

Se sentia aniquilado, devorado por una felicidad insoportable.

Cuanto puede halagar á un hombre, le halagaba.

La ambicion, la vanidad, la belleza, el amor, las

manifestaciones excesivas de un corazón de fuego se revolvían en su cerebro, hacían hervir su sangre, le embriagaban, le arrastraban consigo á espacios desconocidos del infinito.

Y aquel torbellino que le envolvía, no le permitía ver á Margarita.

¿Había matado en el corazón del conde el amor de su divina protegida, aquella princesa, ardiente, sensual, inteligente, viva, espiritual, apasionada?

¿Era ella su amor definitivo, el amor de toda su vida, su gloria ó su infierno, su engrandecimiento ó su catástrofe?

El conde no estaba en situación de reflexionar.

Se sentía arrastrado.

Tenia junto á sí aquella hermosa mujer.

Sí, porque el amor, y un amor delirante, infinito, trasfiguraba á María Luisa, que ya era harto bella.

De improviso la princesa se arrancó de los brazos del conde, y en su semblante se pintó una fiera é irritada contrariedad.

Habían llamado con insistencia á una de las puertas del gabinete.

—¡Ah!—exclamó la princesa.—¡Sin duda él, ese hombre! ¡Ven, ven! Yo no puedo negarme á recibirle.

La princesa había dicho estas palabras en una voz apenas perceptible.

—¡Ven, ven! ¡Ocúltate!—añadió.

Y llevó consigo al conde á la otra puerta del gabinete, y le empujó dentro.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Ven, ven! ¡Ocúltate!—añadió.

El cortinaje volvió á cruzarse.

La princesa se puso delante de un gran espejo, y arregló rápidamente el desorden de su traje.

Luego fué á la otra puerta del gabinete y la abrió.

El conde se habia encontrado en el dormitorio de la princesa.

Observaba á través de las colgaduras de la puerta.

Capítulo V.

Un extraño personaje.

Entró un hombre alto, majestuoso, de fisonomía correcta y severa, de grandes ojos negros y serenos, que por lo profundo de su mirada imponían respeto, y aún pudiera decirse que algo semejante al miedo, y de una edad indefinible, aunque ya madura.

Saludó á la princesa de una manera cortés, pero un tanto seca, y la abarcó en una penetrante mirada.

Maria Luisa se turbó y retrocedió.

Aquel señor se volvió, afianzó la puerta, se volvió de nuevo y avanzó lentamente.

Se quitó la capa, la puso con el sombrero sobre un sillón, y quedó en el traje comun de los nobles de aquel tiempo.

Consistia éste en gran peluca blanca completa, corbata de largas y anchas caidas sueltas de riquisi-

ma batista, primorosamente bordada, guirindola rizada en la camisa saliendo por encima de la chupa; esta chupa, la gran casaca cuadrada con voluminosas vueltas de mangas, bajo las cuales asomaban puños de encaje encañonados, y el calzon corto, eran de una fuertísima tela de seda labrada, en color de lila; de cada uno de los bolsillos de la chupa pendían voluminosos diges, en que brillaba la pedrería, y que representaban un reloj en cada bolsillo; ceñía un delgado y largo espadín, con empuñadura de acero y vaina de lija verde; llevaba medias de seda color de rosa y zapatos altos con hebillas de oro y pedrería, y alto tacon encarnado.

En estos zapatos no había absolutamente señales de lodo, lo que, habiendo llovido dos horas antes de una manera tan copiosa, demostraba que aquel caballero había llegado á palacio en coche.

El era, sin duda, por quien la princesa había mandado retirar los centinelas.

El conde miraba y remiraba desde su acechadero á este señor, y muy pronto pudo convencerse de que le veía por primera vez.

Aquel señor besó la mano á la princesa, y luego fué á sentarse en el mismo lugar que había ocupado el conde.

La princesa se sentó al otro extremo del canapé, y permaneció en una actitud tan rígida como la del incógnito.

—Estoy verdaderamente desesperado, señora,—dijo éste con una expresion y un acento perfectamen-

te al uso de la corte,—porque sin duda vuestra alteza no me ha encontrado á la hora precisa que se me habia prevenido.

—En efecto,—dijo la princesa, aprovechando la buena disculpa que se la ofrecia;—y yo estaba vivamente inquieta.

—Pido además á vuestra alteza me perdone,—dijo el incógnito,—si me he atrevido á entrar y á llegar hasta la puerta de su gabinete particular.

—Y decidme: ¿cómo habeis entrado?—dijo la princesa, sonriendo con su perfecta amabilidad.—¿Habeis escalado los muros á pesar de su altura?

El incógnito sacó del bolsillo interior del pecho de su casaca un estuche largo y estrecho de tafílete encarnado, le abrió y mostró á la princesa una llave.

Aquella llave era una ganzúa.

—¡Ah!—dijo Maria Luisa.—Venís bien prevenido, príncipe.

Esta palabra «príncipe» avisó más al conde, que estaba ya bastantemente preocupado.

Además, habia reparado en que el acento del príncipe era marcadamente extranjero, á pesar de que hablaba con una gran correccion, con una gran pureza, y con suma facilidad el español.

—Si, sí, señora,—dijo el príncipe;—prefiero esperar á que me esperen, y por lo mismo, en casos como el presente me proveo de una llave para esperar dentro. Esto es más prudente.

—¿Y es grave el acontecimiento que os ha impedido llegar á la hora precisa?

—Gravísimo para mí, señora. Se ha fugado doña Margarita, y se la ha buscado en vano.

Se le volvió de arriba abajo el corazón al conde.

En un momento en que tenía completamente olvidada á Margarita, aquel extraño, aquel misterioso personaje, que era sin duda el sér terrible de quien Margarita había huido, se la recordaba.

Entonces el conde midió toda la extensión de las circunstancias en que se encontraba colocado.

Su amor, ó mejor dicho, la profundísima impresión que Margarita le había causado, se alzó en su conciencia como protestando contra la presencia del conde en el lugar en que éste se encontraba.

Y sin embargo, le inundaba aún la embriaguez de la hermosura y del amor de María Luisa.

—¿Y á qué atribuis esa fuga, príncipe?—preguntó la princesa.

—Un amante sin duda, señora,—dijo el príncipe;—se han encontrado cerca de una ventana, en el aposento de doña Margarita, unas espuelas de uniforme, espuelas de jefe, y de jefe superior. ¡Ah! Yo conoceré á ese hombre, á ese hombre que, envuelto en el misterio, me ha robado... mi hija.

Y había, á pesar de lo que se contenía el príncipe, algo de rugido en su acento.

—Pero,—continuó el príncipe,—ese es un asunto mio. Viniendo á vuestra alteza, me es sumamente violento tener que mostrarme severo.

—¡Cómo, príncipe!—exclamó aturdida la princesa.

—¡Oh! Vuestra alteza es mujer, y por desgracia una mujer demasiado impresionable.

—Pero ¿qué es lo que quereis decir?—exclamó aterrada María Luisa.

—Aquí, señora, ha quedado algo que representa á un hombre.

Y el príncipe se volvió un tanto, y señaló con un dedo rígido la capa, el sombrero y las armas del conde, que habian quedado sobre un sillón junto á la puerta de escape.

Aquello habia sido un olvido funesto.

—Además,—dijo el príncipe,—esta alfombra es de un color muy delicado, y aunque casi imperceptibles, han quedado en ella las huellas de un calzado que ha pasado sobre lodo.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó la princesa.—No se os oculta nada; pero yo... yo... no he tenido, no tengo para vos secretos. Vos sabeis...

—Sí, yo sabia que amábais de una manera invencible. ¡La fatalidad! La mujer ha nacido para el amor, y por alta que sea su cuna, á pesar de lo difícil de la situación en que se encuentre, obedece á una ley inmutable, eterna; ley de la naturaleza, que, como todas, es soberana y dominadora. ¡Ah! Y cuando una mujer como vuestra alteza recibe á ese hombre en su aposento, en su gabinete particular, en el *sancta sanctorum*, por decirlo así, donde no entra ni aun el marido, esa mujer, señora, cuando vale lo que vos valeis, ha anegado su razon en la pasión; su primer afecto, su primer negocio, su todo, es el hombre á

quien ama; para ese hombre no tiene secretos, de pertenece exclusivamente en cuerpo y en alma.

—¡Ah! Confíad en él, —exclamó María Luisa de una manera ansiosa y dejando ver en lo trémulo de su acento lo profundo de su terror.

El conde á su vez tenia tentaciones de salir y de provocar un lance definitivo con el príncipe; pero su honor le contenia.

Estaba obligado á guardar una profunda reserva.

—¡Su nombre!—dijo el príncipe;—vos me habíais revelado que amábais; yo no os he preguntado el nombre de la persona amada.

—El conde de la Salmedina.

—¡Ah! ¿El señor conde de la Salmedina ha sido bastante para que vuestra alteza se olvide... de la prudencia, de que hay secretos que no pueden ni deben revelarse á nadie sin provocar grandes peligros? ¿Qué necesidad habia, señora, de que el conde supiese?...

—Tenia celos,—exclamó rehaciéndose la princesa,—y antes que dejarle en una duda horrible acerca de mi dignidad y de mi amor, he arrojado por todo.

—¡Celos! ¿Y de qué?—exclamó con acento breve y sombrío el príncipe.

—El conde estaba en el cuarto del jefe de parada,—dijo la princesa, que á cada momento parecia más aturdida,—cuando bajó la orden de que se retirasen los centinelas de la parte sur del jardín.—

—Y bien,—dijo el príncipe á cada momento más

sombrio,—como el señor conde no estaba de servicio, y conoce sin duda demasiado bien la casa, se fué á los jardines; pero no comprendo bien.

—Yo le encontré de improviso al acercarme al postigo á la media noche,—respondió la princesa.

—¡Ah! y vuestra alteza...

—Ya os he dicho, principe,—contestó María Luisa, recobrando de nuevo su altivez,—que yo debía dar una explicacion de mi presencia allí á aquellas horas al conde.

—Lo que ha hecho que se descubra un gravísimo secreto,—dijo el principe.

—Yo respondo de él,—repitió con vehemencia María Luisa.

—Ese hombre está ahí,—dijo el principe, de la misma manera que pudiera haberlo dicho si hubiera visto al conde al través de las colgaduras,—y si de tal manera le favorece vuestra alteza, si es tan leal como vuestra alteza dice, ¿por qué no se presenta?

Este era un llamamiento, y sin embargo, el conde no se presentó.

—¡Ah!—exclamó la princesa,—no está ahí, si estuviera no se negaría á vuestro llamamiento, estoy segura de ello.

Y habia una gran altivez, en nombre del conde, en el acento de la princesa.

Esta se fué á la puerta de su dormitorio, y abrió violentamente las colgaduras.

—¡Ah!—exclamó la princesa.

El conde avanzaba.

A su paso resonaban de una manera sonora sus espuelas.

Avanzó, saludó profundamente á María Luisa, y entró.

—Seais quien quiera, que yo no os conozco,—dijo,—estoy á vuestras órdenes; secreto por secreto, si vos estais interesado en guardar el vuestro, yo estoy tambien muy interesado en que se guarde el mio.

Pero antes de continuar en esta situacion necesitamos explicar cómo era que el conde tenia espuelas, cuando, como saben nuestros lectores, las habia dejado en el cuarto de Margarita, donde las habia encontrado el príncipe.

Capítulo VI.

Cómo se corrige un descuido.—Un nuevo compromiso.

En el momento en que el conde oyó que el príncipe se había apoderado de sus espuelas abandonadas, preveyendo que dada la situación podía llegar un momento en que se viese obligado á presentarse, y la extraña falta de sus espuelas, cuando llevaba botas de montar y enlodadas, le denunciase, se retiró vivamente, buscó la otra puerta del dormitorio de la princesa, y luego la de escape de una cámara que comunicaba con el mismo corredor por donde se iba á las escaleras que conducían á los jardines.

Se deslizó rápida y furtivamente, y en tres minutos llegó junto al marqués de Dos Puentes, que dormía tranquilo, echado en el canapé al lado de la chimenea.

El marqués despertó con sobresalto, movido bruscamente por el conde.

—¿Qué es esto?—dijo al reconocerle.—¿Así se me os venís encima, sin capa, sin sombrero y sin armas, y cuando son las dos de la mañana?

El marqués había arrojado una mirada al reloj que estaba sobre la chimenea.

—No tengo ni un momento que perder,—dijo el conde;—dadme vuestras espuelas.

—Pero explicadme,—exclamó asombrado el marqués.

—No me entretengais, don Francisco,—dijo el conde,—porque me perdeis.

—Tomad, pues, las espuelas.

Y se las quitó y las dió al conde, que las retuvo en la mano.

—¿Pero no os las poneis?

—No, no... dejadme, no puedo deciros ni una sola palabra,—dijo el conde;—oid, y hacedme el favor de mandar se ejecute en el momento lo que voy á encargaros. Mandad que una cuarta de compañía del escuadron de dragones, de la escolta de su alteza, monten á caballo, reconozcan el rio por la orilla derecha en la direccion contraria á Madrid por un sendero que sigue la márgen del rio; alli encontrarán un caballo muerto: que le arrojen al rio; la avenida es aun bastante violenta, como que se la oye desde aquí, y arrastrará muy lejos ese caballo; que no le quiten nada de los arneses, que se dé como consigna á esa fuerza un profundo secreto acerca de la

operación que han practicado, y adios, amigo mio.

Y el conde escapó.

—Diablos de aventuras,—exclamó el marqués.—
¿Qué será esto?... Y él es capaz, muy capaz de no decir
ni una sola palabra; y yo que no puedo moverme de
aquí... sin duda ha tenido algun buen tropiezo en el
jardin; pero ¿por qué diablos necesita unas espuelas,
y se me presenta para pedirmelas demudado, sin som-
brero, sin capa y sin armas? Me parece que su alte-
za... En fin, bueno, paciencia; y es el caso, que debo
guardar el secreto de lo que adivino; sí, sí, seria do-
blemente infame comprometer á su alteza, compro-
meter á mi buen amigo. ¡Qué suerte la de ese loco!
¡Malditos cincuenta años!

Y el marqués llamó, dió á uno de sus oficiales la
órden que le habia encargado el conde diese, y lue-
go volvió á echarse en el canapé, y á poco se dur-
mió profundamente.

Don Luis, entre tanto, habia vuelto rápidamente
al dormitorio de la princesa.

Al pasar por los jardines enlodó las espuelas del
marqués.

En el momento de entrar en el dormitorio de la
princesa, se las puso.

Continuemos, pues, el diálogo interrumpido al
final del capítulo anterior.

—Nada tengo que ordenaros,—dijo de una mane-
ra impasible el principe;—pero tengo sí que preveni-
ros guardeis un profundo secreto acerca de lo que
sabeis; perdonadme,—añadió, viendo que el conde

habia hecho un movimiento altivo;—no os ofendais porque yo os encarezca la necesidad que hay de que guardéis un profundo silencio acerca de lo que habeis oido de los labios de su alteza, por razones que yo respeto, porque respeto todo aquello que está en la naturaleza de las cosas, todo aquello que es inevitable; sois muy afortunado, y podeis serlo infinitamente más todavía: yo os suplico me sigais.

La princesa estaba confundida.

—Yo pido á vuestra alteza, señora, licencia para complacer á este caballero.

—Id, id,—dijo con la voz trémula y apenas perceptible la princesa.

El conde dobló una rodilla y la besó la mano.

El príncipe hizo lo mismo.

Ambos tomaron sus prendas y salieron.

—Cuando llegaron á los jardines, el príncipe se fué en derechura al postigo.

El conde le seguia.

Abrió el postigo con la llave que ya conocemos, é invitó al conde á que pasase.

Este salió.

A seguida el príncipe salió tambien y cerró el postigo.

—No extrañeis, conde,—dijo éste,—que yo no os haya dicho pidiéseis vuestro caballo:—algo más allá mi coche nos espera; son las dos de la mañana,—añadió consultando uno de sus relojes,—dentro de una hora habreis vuelto á tranquilizar á su alteza; seguidme si os place.

—¿Y adónde vamos?—dijo el conde.

—¿Os negareis á asegurarnos vuestra adhesion con un juramento?—dijo el príncipe.

—No ciertamente,—contestó don Luis.

—Pues bien; es necesario me acompañeis al lugar donde ese juramento debe ser prestado solemnemente.

—En buen hora, señor,—dijo el conde.

Y siguió al príncipe.

A poca distancia de los muros de los jardines, tras un ramillete de árboles y de maleza de verdura perenne, habia un gran coche, y junto á él cuatro lacayos que tenian sus caballos de la mano.

El príncipe llamó á uno de aquellos hombres, que se acercó sombrero en mano y recibió una orden en voz muy baja.

Luego fué á su caballo, montó y partió al galope.

El príncipe se acercó al coche, cuya portezuela habia abierto un criado, é invitó al conde á que montase en él.

Cuando el conde hubo entrado, el príncipe dijo algunas palabras en voz baja al lacayo que estaba en la portezuela.

Luego entró.

El coche se puso inmediatamente en marcha.

—Y bien,—dijo el príncipe;—el acaso y el amor nos han puesto al uno sobre el camino del otro, y es necesario, ó que el uno destruya al otro, ó que sigamos asidos de las manos el mismo camino.

—Estoy dispuesto,—dijo el conde.

—¿Lo habeis meditado bien?

—En la situacion en que me encuentro, señor,—dijo el conde,—yo debo someterme, y me someto completamente á su alteza; sea cualquiera la causa que de esta manera á su alteza me haya unido, mi vida es suya.

—Habeis sido doblemente afortunado, porque al mismo tiempo que la proteccion y el amor de su alteza, obteneis la proteccion y la estimacion de algo que es inmensamente poderoso, y á lo cual, cuando hayais jurado, pertenecereis ó no, segun sea vuestra voluntad; lo que nos importa sobre todo, es que ya que un impulso incontrastable del corazon de su alteza os ha traído á la ocasion de conocer en gran parte un secreto terrible, ese secreto sea guardado.

—¿Se trata, en efecto, pura y simplemente de la abdicacion de su majestad?—dijo el conde.

—No se engaña á su alteza, no, y si quereis uniros á nosotros, se os prestará tambien juramento solemne de que lo único que se pretende es la abdicacion de Carlos III.

—Pues en ese caso, principe,—dijo el conde,—soy vuestro; decidme ahora, puesto que su alteza me ha revelado la calidad de los que conspiran con ella...

—No me hagais una sola pregunta,—dijo el principe;—aun no es tiempo. Cuando hayais jurado, cuando más tarde hayais aceptado nuestras condiciones, entonces lo sabreis todo; nosotros aceptamos á cualquiera que nos trae una posicion, una inteligen-

cia ó una ardiente y ciega fe en nosotros; pero ni una palabra más acerca de esto. En cuanto á su alteza, yo deseo la hayais comprendido: ella ha sido mal educada, con demasiada libertad, en una licenciosa y seductora córte de Italia. El señor príncipe de Asturias no es lo más á propósito para que se sienta feliz perteneciéndole una dama tal, tan impresionable, tan vehemente, tan voluntariosa como su alteza; yo no me sublevo nunca, lo repito, contra lo incontrastable, contra lo que no puede dejar de ser; yo no me asombro ni me escandalizo de nada; todo cuanto sucede, por terrible ó extraño que sea, lo encuentro contenido en el inflexible círculo de la fatalidad, ó lo que es lo mismo, consecuente con la inflexible lógica de lo necesario; pero la situación en que os encontrais es muy difícil, y necesitáis ser muy leal á su alteza, muy sumiso, muy prudente. Su alteza ha devorado la primera pasión que ha sentido, yo la conocia, me la habia confesado; pero habia guardado vuestro nombre, que yo no le pregunté, porque yo excuso cuanto puedo preguntar. Su alteza os ha encontrado por efecto de una audacia vuestra, en una situación grandemente excepcional; de aquí los resultados: yo no tengo más que haceros una advertencia. Esta noche habeis decidido vuestro porvenir, esta noche habeis perdido completamente vuestra libertad; no os rebeleis un dia contra vuestro destino, yo os lo advierto: las consecuencias podrian ser para vos más terribles que todo lo que pudiérais suponer; creedme, y seguid mis consejos; yo espero

que así lo hareis; vuestra fortuna es ya envidiable, y puede serlo infinitamente más todavía.

—Francamente,—dijo el conde,—lo que me sucede me aturde: me siento trasformado; y os aseguro que lo que más me impresiona, no es ciertamente la posición á que puedo llegar por su alteza, sino su alteza misma. ¡Ah! rara vez una indiscreción habrá producido resultados semejantes.

—Resultados funestos para alguien,—dijo el príncipe.

—¿Para quién?—preguntó el conde.—Si lo funesto del resultado de mi indiscreción no alcanza ni á la primera, ni á mí...

—¿Cómo habeis llegado á palacio? Me veo obligado á interrogaros.

—De una manera muy sencilla, príncipe,—dijo el conde;—yo debía ser en éstos momentos el jefe de parada de palacio; pero yo no estaba en casa para recibir la orden, y cuando volví, y esa orden me fué conocida, ya habia partido el primer batallón de mi regimiento con el teniente coronel; esto me contrarió de una manera excesiva; yo, á causa de una maledicencia del marqués de Arósa, que pretendia que yo era favorecido por su alteza, tenia ajustado con él un duelo á las diez y media de la noche, en la pradera de la Fuente del Cura.

—Lo sabia,—dijo el príncipe,—porque yo sé todo lo que se refiere directa ó indirectamente á su alteza. ¿Y por qué no habeis asistido á ese duelo?

—Porque me llamaba mi deber á ocupar mi pues-

to, príncipe,—dijo el conde.—Partí, en efecto, con un criado, y al llegar al punto en que debía dirigirme á la pradera, le dije: ve, dí al marqués de Arosa, á sus testigos y á los míos, que ya deben estar allí, que en el lugar en que estamos mi caballo asombrado por los relámpagos se ha desbocado y me ha arrastrado consigo.

La atención con que el príncipe escuchaba á don Luis era profunda y solemne.

—Después de haberme servido de esa buena disculpa, lancé mi caballo, llegué á palacio, y cuando acababa de saludar á mi teniente coronel marqués de Dos Puentes, sobrevino la orden de que se retirasen los centinelas. Esto excitó mi curiosidad, y como yo no estaba aún de servicio, el marqués y yo convenimos en que yo iría á acechar si alguien entraba por el postigo de la parte del sur de los jardines; hé aquí lo que ha dado ocasión para que su alteza y yo nos encontremos; pero ¿á quién puede ser funesto lo que ha acontecido esta noche?

—Los secretos terribles matan al que tiene la desgracia de conocerlos, cuando, como vos, no pueden entrar en el secreto y llegar á todas sus consecuencias.

—¡Oh! ¿Qué quereis decir?—exclamó el conde.

—Quiero que sepais, para que os decidais ó no, que entre vos y nosotros habrá la terrible prenda de un cadáver.

En aquel momento el coche se detuvo.

Se abrió la portezuela.

Don Luis guardaba silencio, dominado por el terror.

—Voy á vendaros los ojos,—dijo el príncipe, tomando una banda de seda que le presentaba el criado que habia abierto la portezuela;—aun no habeis jurado, aun sois para nosotros un objeto de recelo; dejadme, pues, que os vende los ojos; en todo caso elegid.

—Vendad,—dijo el conde.

El príncipe le tapó los ojos con aquella banda, que era muy larga, y dió muchas vueltas al rededor de la cabeza del conde.

Luego el príncipe le asió una mano y tiró de él.

Bajaron del coche, y el conde observó que caminaban sobre un terreno reblandecido por la lluvia.

Continuaron marchando sobre él algunos minutos.

Al cabo el conde sintió bajo sus piés un pavimento.

El príncipe le guiaba siempre.

—Vamos á bajar,—le dijo.

En efecto, bajaron por unas escaleras de caracol estrechas y empinadas.

El conde contó cuarenta escalones.

Una vez al pié de las escaleras, el príncipe dijo:

—La venda es inútil ya.

Y se la quitó.

Don Luis se encontró en un espacio densamente oscuro.

—Esperad aquí,—dijo el príncipe.

—Poco después el conde sintió pasos.

Vió el reflejo de una luz, y al fin apareció un hombre alto, vestido con un ancho ropon rojo talar, y cubierta la cabeza por un capuz negro que le caía sobre los hombros, y que no tenía más que dos agujeros delante de los ojos.

En la mano tenía un blandon encendido de cera, roja también; se apoyaba, como hubiera podido hacerlo en un baston, en una larga espada de cruz, completamente negra.

—Seguidme,—dijo aquel hombre, cuya voz era del todo desconocida para el conde.

Este le siguió tranquilo.

El peligro le embravecía.

Recorrieron un pasaje estrecho y abovedado, delante el hombre rojo haciendo sonar á cada paso la punta de su espada sobre el pavimento.

Detrás el conde, que contaba los pasos desde el punto en que había partido.

A los cincuenta pasos, el del ropon rojo se detuvo y dió tres golpes con la punta de su espada en una puerta negra, cubierta de extraños signos rojos.

Aquellos golpes produjeron un sonido agudo vibrante, metálico, y la puerta se abrió como por sí misma.

El del ropon avanzó.

El conde le siguió.

La puerta se cerró, produciendo una fuerte vibración metálica y como por sí misma, cuando hubo extrado el conde.

Era una estancia circular, cuyo techo, cuyas paredes, cuyo pavimento estaban cubiertos de paños rojos.

Al frente, sobre tres gradas, en un plano de poca anchura, habia una larga mesa, cubierta tambien con paño rojo.

Sobre esta mesa habia un crucifijo, una calavera y un voluminoso libro en fólío y abierto.

Tras la mesa aparecian sentados cinco hombres con ropones y capuces exactamente iguales al de los del que habia introducido hasta allí al conde.

A ambos extremos de la mesa habia dos taburetes tambien rojos.

El uno estaba ocupado por un secretario.

En el otro se sentó el encapuchado que habia conducido hasta allí al conde.

Este habia quedado de pié á alguna distancia de la mesa.

—¿Vuestro nombre?—dijo el fantasma rojo del centro.

—Don Luis de Avendaño,—respondió el conde.

—¿Vuestra posicion?

—Conde de la Salmedina, grande de España, comendador de Calatrava, gentil-hombre de cámara de su majestad con ejercicio, capitan general coronel del primer regimiento de reales guardias walonas, regidor perpétuo de la villa de Madrid y alguacil mayor del Santo Oficio de la general Inquisicion.

—¿Vuestrá naturaleza?

—Madrid.

—¿Vuestra edad?

—Veintiocho años.

—¿Vuestra religion?

—La católica, apostólica, romana.

—¿Vuestro estado?

—Soltero.

—¿Vuestra renta?

—Cuatrocientos mil ducados.

—¿Jurais por Dios y por vuestra alma guardar secreto acerca de lo que habeis sabido esta noche por medio de la persona que sabeis?

—Sí, lo juro.

—Jurad sobre los santos Evangelios, acercaos.

El conde se acercó, puso su mano sobre la Biblia abierta por el Evangelio, y dijo:

—Juro solemnemente ante Dios, sobre mi alma, por mi fe, guardar profundamente el grave secreto que esta noche se me ha revelado por cierta persona.

Luego añadió quitando la mano de sobre el santo libro, y llevándola á la empuñadura de su espada:

—Y juro por mi honor sin mancha, puesta la mano en la empuñadura de mi espada, y por la encomienda que llevo al pecho, guardar hasta morir ese secreto.

—Volved adonde estábais,—dijo impasible el que parecia presidente, y era sin disputa, á juzgar por la voz, aquel misterioso príncipe que habia conocido el conde en el gabinete de la princesa de Asturias.—¿Quereis libremente, de vuestra propia voluntad,

pertenecer á nuestra orden en la parte que os corresponda?

—Sí,—dijo el conde con voz firme y de una manera espontánea.

—¿Obedecereis ciegamente cuantas órdenes se os comuniquen, sea cual fuere su importancia?

—Sí.

—Se os ha relevado de las pruebas que respecto á vos se han creído inútiles; meditad, sin embargo, bien; en nuestras manos sereis como un cadáver.

—En buen hora, comprendo y acepto.

—Os lo repito: ¿aceptais de buena voluntad?

—Con toda mi alma.

—¿No os impulsa á ello el amor ni ninguna otra pasión?

—No, comprendo vuestros móviles y los acepto, los hago míos.

—Acercaos.

El conde se acercó.

—Tomad esta medalla y esta cinta; obedeced ciegamente á cualquiera, mendigo ó magnate, que os mostrare una medalla ó una cinta semejante á esas que os entrego, como señal de que pertenecéis á nuestra asociacion.

El conde guardó la medalla y la cinta.

—Conducid al conde,—dijo el presidente al encapuchado que había llevado al conde hasta allí,—al mismo lugar de donde le habeis traído.

El encapuchado se levantó, tomó su cirio, que

habia apagado al entrar, le encendió de nuevo, y salió.

El conde le siguió.

Al llegar al mismo punto del subterráneo de donde habian partido, el encapuchado le dijo:

—Esperad aquí, hermano.

Y se retiró por el mismo lugar.

El conde quedó á oscuras y dominado por un torbellino de ideas.

Todo lo que le habia sucedido aquella noche era extraordinario.

Habia sorprendido la existencia de una asociacion secreta, indudablemente jesuítica, y habia aceptado su incorporacion en ella de una manera independiente del sentimiento que le habia inspirado el amor de María Luisa.

El conde era audaz, valiente y ambicioso.

Además, lo grande le seducia, y adivinaba un no sé qué de grande, de formidable en la sociedad en que acababa de ser recibido.

Aquella sociedad era todavía para él un misterio, y debia serlo sin duda durante mucho tiempo, hasta que sus servicios le hiciesen merecedor de ser iniciado.

El conde habia viajado mucho por el extranjero, habia permanecido gran tiempo en Paris, habia leído y tratado de cerca á Voltaire, á Juan Jacobo Rousseau y Diderot, á Condorcet, á los filósofos de la idea nueva, á los generadores fatales de la revolucion empezada en el juego de pelota de Versailles, y conti-

nuada sobre todos los campos de batalla de Europa.

El conde, como hubiera podido decir un hombre de las viejas ideas estacionarias, estaba contaminado, presentia la revolucion que ya germinaba, y que debia surgir algunos años despues.

La revolucion le seducia.

La soñaba grande y fecunda, y este sueño le halagaba.

La sociedad en que acababa de entrar era indudablemente revolucionaria, puesto que, á juzgar por el secreto que la enamorada María Luisa le habia revelado, tocaba á la cabeza de un rey que no era tan bueno como dice la historia.

Ya veremos más adelante lo que era verdaderamente Carlos III.

El conde, como puesto por su rango tan cerca de él, le conocia perfectamente, y sabia cuánta doblez y cuánta enérgica voluntariedad se ocultaba en él.

Sabia que era un tirano suave, que bajo una forma externa era todo lo rey que se podia ser.

Las circunstancias no obligaban á Carlos III á hacer odiosa su tiranía por hechos violentos.

Los españoles, dominados por los frailes y por los nobles, se plegaban al dominio absoluto del señor rey con un entusiasmo y una buena fe, que hubieran sido dignos de elogio á tener un mejor objeto.

El señor rey era una cosa venerada y acatada por todos, y se le hacia muy fácil el gobierno por el asentimiento público.



Pero en la córte, en el Estado, en el alto círculo que nadie veía, se libraba entre los políticos y los palaciegos una guerra sorda y encarnizada, y el rey, centro de aquella esfera turbulenta, daba á cada paso muestras de lo que como buen Borbon valia para la intriga; y se hacian víctimas, y se sufrían contrariedades, y se ejercitaban tiranías que no llegaban á conocimiento de la multitud.

Los muros del palacio eran bastante espesos para ocultar perfectamente dentro de sí esta guerra á muerte.

El conde la conocia demasiado, y no le habia causado gran extrañeza el conocimiento de que el principe y la princesa de Astúrias, ó mejor dicho, la princesa de Astúrias sola, porque su marido era nulo, como lo probó suficientemente cuando fué rey, conspirase contra Cárlos III.

Las conspiraciones hervian en palacio.

El rey se defendia de ellas como podia, y decia con suma frecuencia á los hombres de su confianza.

—Esta gente me matará.

El conde, pues, habia aceptado aquella conspiracion por amor á la princesa, ó mejor dicho, por la fascinacion que la princesa le habia hecho sentir; porque realmente, el grande amor del conde era Margarita.

El no lo comprendia bien aún, parecia que la cantante impresion que le habia hecho sentir María Luisa, habia como borrado en gran parte, como domi-

nado, la poderosa, la determinante impresion que le habia hecho sentir Margarita.

En cuanto á aquella asociacion secreta en que acababa de ser recibido, como ya lo hemos dicho, el conde la habia aceptado con toda su voluntad y de una manera independiente á todo lo que habia producido por una sucesion de consecuencias su contacto con aquella sociedad.

El conde daba vueltas en su imaginacion á todas estas ideas.

Detrás de ellas se le presentaba como una sombra vaga Margarita, y esto le causaba una inquietud penosa.

No sabia hasta qué punto podian llegar las complicaciones de su posicion á causa de aquella criatura confiada á su honor, y que le atraia á pesar de la princesa, á pesar de la nueva y gráve situacion en que se encontraba colocado.

Mientras daba vueltas á todas estas ideas con la rapidez de la imaginacion, que es incalculable, pasaron algunos minutos.

Al fin se vió el reflejo de una luz, y poco despues, armado de una linterna, estaba junto á él el misterioso príncipe.

— Ya veis que se os trata como hermano y se confia completamente en vos, puesto que no se os venda los ojos, señor conde; puesto que, á pesar de que me conoceis, yo he presidido el tribunal que os ha interrogado, y ante el cual habeis jurado. Sois, pues, nuestro hermano. Contamos con vuestra obediencia

y con vuestros importantes servicios, y vos podeis contar con nuestra poderosa proteccion. Seguidme os ruego.

El principe tomó por las inmediatas escaleras de caracol.

Una vez en lo alto de ellas, abrió una puerta secreta, atravesó una estancia, y salieron á un extenso jardin, iluminado completamente por la luna.

Al fondo de él, entre los árboles, habia una hermosa casa blanca, sencilla, pero de una forma que revelaba el arte.

El conde reconoció aquella casa á pesar de que la veia por su parte correspondiente al jardin.

Aquella era la casa de donde se habia fugado Margarita.

El principe llegó hasta un postigo de aquel jardin, le abrió, y salieron.

Inmediatamente junto al postigo estaba el carruaje del principe.

Entraron en él, y el lacayo recibió la orden de ir cerca del postigo de los jardines de palacio.

El principe, apenas estuvieron dentro del carruaje el conde y él, dijo:

—Justo es que, puesto que yo sé cuál es vuestro nombre y vuestro rango, vos sepais mi nombre y mi rango: yo me llamo Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, principe del Sacro romano imperio por bula y virtud de nuestro santísimo padre Pio VI.

El príncipe habia cambiado completamente en la apariencia: aparecía amable, insinuante, ligero, perfectamente francés.

El conde tomó acta de esto.

Aquel hombre conocia el arte de trasformarse, de aparecer como queria aparecer.

—Yo soy feliz por haber hecho vuestro conocimiento,—dijo el conde,—y podeis contar, príncipe, con mi completa adhesion y con mis servicios; pero vos, permitidme esta observacion, vivís muy retraido; yo no os conozco, y creo que nadie os conoce en la córte.

—En efecto, conde, yo no he ido á la córte todavía, y sin embargo, hace tanto tiempo que estoy á los alrededores de ella como el que ha trascurrido desde que doña María Luisa ha venido á España; yo la conocia mucho tiempo antes de casarse, con ella fui á Nápoles cuando tuvieron lugar sus bodas con el señor príncipe de Astúrias, y no me he separado de ella... y á la verdad, á la verdad que no ha podido ménos de extrañarme la profunda impresion que en ella habeis causado; doña María Luisa es impresionable, pero ligera; cuando me reveló, porque para mí no tiene secretos, que amaba, y que amaba con toda su alma, yo no pude ménos de dudar de ello; es muy jóven, y yo no la creia con un alma á propósito para una de esas grandes pasiones amorosas; nos engañamos continuamente acerca del corazón humano. ¿Qué edad creéis que tiene doña María Luisa?

—¡Oh, príncipe!—dijo el conde,—todos lo sabemos; eso se sabe en la corte; la princesa es un prodigio de precocidad, es todavía una niña y ya en lo físico y en lo moral aparece completamente una mujer; aun no ha cumplido sus trece años.

—Por lo mismo,—observó el príncipe,—cuando se echó en mis brazos llorando y diciéndome que estaba perdida, yo no pude creer se tratase del amor; cuando lo supe creí que sería un capricho pasajero, un capricho de niña; sin embargo, la princesa ha dado un paso determinante; es ligera, pero no está corrompida: ella no ha podido dar un paso tal sino enloquecida por la pasión; por lo mismo, conde, os aconsejo la prudencia; la princesa es un misterio que se va desarrollando á medida que las circunstancias la colocan en nuevas situaciones; la princesa es digna, pura y altiva; solamente una de esas fuerzas incontrastables que la pobre criatura humana es incapaz de resistir, ha podido hacerla olvidarse de lo que se debe á sí misma como mujer, como mujer casada y como princesa; por lo mismo y porque yo respeto lo que se debe respetar, esto es, la desgracia, porque la princesa ha tenido la desgracia de ser unida á un hombre que nada puede inspirarla, ni aun respeto; porque predispuesta al amor, ha caído al fin en un amor que tal vez decida su porvenir, yo no he sabido hacerla ni una sola observación; yo sé que los consejos dados á la pasión, y mucho más á la pasión de los jóvenes, son inútiles; en fin, conde, vos nos pertenecéis, la princesa nos pertenece, todos estamos li-

gados mutuamente por un juramento y por un propósito; ya sabeis, porque la princesa os lo ha dicho, una parte de ese propósito, el móvil de nuestra asociacion al conspirar con el príncipe de Asturias y con su mujer contra Carlos III, ni lo sabe la princesa, ni lo sabreis vos, sino cuando podamos tener en vos una absoluta confianza. Ahora bien, conde; el carruaje se ha detenido, bajemos.

La portezuela se abrió y entrambos bajaron.

Llegaron al postigo.

El príncipe sacó el estuche que ya conocemos y de él la llave.

Abrió el postigo, y dijo al conde:

—Os dejo en el mismo lugar de donde os he sacado; adios, ya nos veremos.

—Adios, príncipe,—dijo el conde.

Y se estrecharon las manos.

El conde entró.

El postigo se cerró.

El conde atravesó el jardín, entró en el palacio y llegó al gabinete de la princesa.

Nadie habia en él.

El conde avanzó hácia el dormitorio, abrió las cortinas y miró.

María Luisa estaba sentada junto á un velador, apoyada la cabeza en una mano, y profundamente pensativa.

El conde entró.

Las cortinas volvieron á cruzarse.

El reloj de palacio dió entonces las tres.

Poco antes del amanecer el marqués de Dos Puentes era despertado de nuevo.

Se encontró con el conde de la Salmedina.

—Y bien,—dijo, incorporándose y mirando al reloj que estaba sobre la chimenea,—las seis y media; ¿dónde diablos habeis estado, don Luis?

—En el jardin.

—Imposible.

—En el jardin, marqués,—contestó el conde.

—¿Y para qué habeis necesitado mis espuelas?

—Para hacer una expedicion.

—Supongo que el caballo habrá venido de otra parte.

—No os puedo decir nada, marqués.

—Yo tampoco he podido ver por mí mismo para no verme obligado á preguntaros; pero, en fin, se ve claro que vos no quereis hablar, y yo respeto la reserva aun en mis amigos más íntimos; sea lo que quiera, tengo la seguridad de que cuando vos no me haceis una revelacion, es porque no podeis hacerla.

—Decis bien, don Francisco; esta noche han pasado por mí una sucesion de aventuras que me han aturrido.

—¡Eh! ¡Qué diablo!—dijo el marqués.—Os encontráis en vuestro elemento; pero supongo que me devolvereis mis espuelas.

—Sí, pero no ahora; mi ayuda de cámara Baltasar os las traerá dentro de una hora; lo que yo necesito de todo punto es un caballo; quiero volver cuanto an-

tes á Madrid; sobre todo salir del Pardo antes de que amanezca, para evitar que nadie pueda verme.

—Pues bien,—dijo el marqués;—llevaos mi caballo y devolvédmele al mismo tiempo que mis espuelas; supongo que yo no necesitaré usar de él hasta la hora del relevo, que será á las once, y es muy posible que vos vengais á relevarme con el segundo batallón.

—Puede ser, don Francisco; pero abreviemos: tengo prisa de llegar á Madrid á punto que se abra la puerta de Segovia.

El marqués adelantó hácia la puerta de su cuarto, la abrió y llamó.

—Que traigan mi caballo al patio,—dijo al oficial que se le presentó.

El marqués volvió junto al conde.

—Cuando gustéis,—le dijo.

Los dos caballeros salieron asidos de las manos.

—Supongo que mantendreis la consigna de guardar el secreto acerca de mi presencia aquí, justificándolo con una razon de servicio.

—¡Oh! Por supuesto, don Luis,—dijo el marqués,—nuestros buenos walones callarán como muertos, tanto más cuanto que yo les he dicho que les va el ser pasados por las armas si dicen una sola palabra.

Llegaron en aquel momento al patio, á punto que llegaba tambien un soldado con un caballo.

—Adios, don Luis,—dijo el marqués,—y hasta la vista.

—Adios, don Francisco,—dijo el conde,—hasta la hora del relevo.

El conde montó á caballo, y partió.

—¡Diablo, diablo!—dijo el marqués, volviéndose lentamente á su cuarto.—¡Para qué diablos habrá necesitado su alteza que don Luis se calce la espuelas?

Capítulo VII.

De cómo puede ser muy grata una guardia en palacio.

Quando el conde de la Salmedina salió del Pardo y tomó la carretera, aun no habia amanecido.

El caballo del marqués de Dos Puentes era magnífico.

El conde le puso al galope, y le sostuvo en él las dos leguas que hay desde el Pardo á Madrid.

El conde hizo este camino en media hora.

Quando llegó á la puerta de Segovia, abierta ya, era de dia claro.

La casa del conde estaba en lo alto de la calle, al principio, hácia el lugar donde se encuentra hoy el número diez de la numeracion moderna.

En aquel tiempo la casa del conde ocupaba toda la manzana á que hoy pertenece el número diez, y es-

taba marcada por la parte de la calle de Segovia con el número dos.

La manzana tenia el número ciento setenta y siete.

Esta gran casa tenia otràs tres puertas, marcadas por la parte de la plazuela de Puerta Cerrada con el número uno. Esta era la puerta principal.

Por la calle de San Justo las cocheras, situadas casi frente á la calle de Puñonrostro, tenian los números tres y cuatro.

Por la parte de la calle de Tentetieso corria la tapia del extenso jardin, que sólo tenia un postigo.

El conde llegó al número dos, que era una puerta de servicio, y metió dentro del zaguan su caballo.

Acudieron al momento algunos criados.

El conde echó pié á tierra, tomó por unas escaleras, llegó á una galería, y por una puertecilla entró en su cuarto.

En su dormitorio, esperándole como todas las noches para desnudarle, estaba Baltasar.

Dormia profundamente al lado de una chimenea en un ancho sillón.

El conde le despertó.

En el momento en que reconoció á su amo, se puso en pié de un salto.

—Perdone vucencia, —dijo;—pero el sueño es un traidor que nos acomete suavemente.

—¿Qué ha sucedido en la Fuente del Cura?—preguntó el conde.

—Nada, absolutamente nada; se ha hecho como

que se creia en lo de que el caballo se habia desbocado; pero el señor marqués de Arosa me pareció más de lo que hubiera sido justo, insolente.

—Vamos, está de Dios,—dijo;—parece que hasta los acontecimientos eventuales se empeñan en que no nos matemos el señor conde de la Salmedina y yo; mañana será otro dia.

Os juro, señor,—añadió Baltasar,—que si yo hubiera tenido calidad bastante para ello, ocupó el lugar de vucencia y mato á ese hombre.

—¿Y sus padrinos?

—¡Ah! en cuanto á sus padrinos, nada hay que decir; conocen demasiado á vucencia, y han estado perfectamente respetuosos; pero el marqués de Arosa es un nécio.

—¡Bah!—dijo el conde;—perdonémosle su necesidad, puesto que le ha de durar poco; y tú ¿qué has hecho, Baltasar?

—Yo he pasado tambien por alguna aventura.

—¿Cómo, cómo?—exclamó el conde, temiendo que la aventura sobrevenida á Baltasar no tuviese en alguna parte relacion con las que por él habian pasado.

—Pues, señor,—dijo Baltasar,—el marqués de Arosa con sus padrinos se fué; el señor baron de Pinto y el señor conde de Tres-Saltos, padrinos de vucencia, se quedaron conmigo, y me preguntaron en qué punto se habia desbocado el caballo de vucencia, porque ellos no dudaban ni podian dudar de que el caballo se habia desbocado. Yo los llevé al si-

tio y avanzaron, guiándolos yo en la dirección que vucencia habia tomado.

Ibamos cuanto de prisa podíamos, porque la tormenta estaba en toda su fuerza, y hacia tan oscuro que no nos veíamos los dedos de las manos.

Lo que más nos servia de guía, era el ruido de la avenida.

Yo me detenía de tiempo en tiempo, me ponía las manos en la boca y llamaba á grandes voces á vucencia; pero ¡quía! el viento se llevaba mis gritos hácia Madrid.

Nosotros continuábamos gentilmente hácia el Pardo, por el cual teníamos necesariamente que tropezar si seguíamos al lado del rio.

Al fin la tormenta fué amenguando, se fué esclareciendo la noche, y apareció la luna.

De improviso nos tropezamos con el Cómico muerto.

Yo le reconocí.

Faltaban las pistolas de las pistoleras.

Esto nos puso en cuidado; una de dos, ó vucencia habia salvado la caída del caballo y habia tomado las pistolas, ó vucencia habia caído, no se sabia dónde, y algun vagabundo habia tropezado con el caballo y se habia llevado las pistolas.

Pero el señor baron de Pinto observó:

—El que se hubiera llevado las pistolas, se hubiera llevado tambien el freno y las estriberas, que son de plata.

Esta razon era concluyente.

Estaba demostrado que vucencia no habia sido arrojado por el caballo.

— Que quien se habia llevado las pistolas era vucencia.

Al señor marqués de Tres-Saltos se le ocurrió que vucencia podria estar en el palacio; pero el señor baron de Pinto dijo:

— ¡Y á qué habia de haber ido al palacio el conde, si en el palacio no hay más que la servidumbre que en él queda? Busquemos por estos alrededores; un poco más allá está la quinta del Encinar, mucho más cerca de aquí que el Pardo; el conde la conoce porque hemos descansado en ella muchas veces durante las partidas de caza del rey; está hácia la izquierda, en saliendo de los árboles la veremos.

Nos dirigimos hácia allá, y en efecto, en cuanto salimos de los árboles vimos la quinta como á un tiro de fusil.

Al llegar á la mitad de la distancia vimos que de la quinta salia alguna gente.

Cuando se acercaron vimos que eran cuatro hombres, delante de los cuales venia otro á caballo, que al distinguirnos se cubrió precipitadamente, embozándose y echándose el sombrero en los ojos.

Los otros hombres iban á pié, y llevaban escopetas.

Por un momento creimos que se trataba de salteadores, porque á una señal del hombre de á caballo los de á pié nos rodearon y prepararon sus armas.

Nos habian cogido la accion, y no nos podiamos defender.

—¿Qué significa esto?—dijo el baron de Pinto,—que como vuecencia sabe es muy bravo.

—¿Qué haceis por aqui?—dijo con la voz breve é imperativa el hombre que estaba á caballo.

—Cuando se me pregunta en ese tono,—dijo el baron de Pinto,—no acostumbro á contestar.

—Pues bien, caballero,—dijo el de á caballo,—yo os suplico me digais por qué os encuentro á estas horas y por estos sitios; tengo un grave interés en ello.

—Empezad,—repuso el baron de Pinto,—porque vuestra gente deje de amenazarnos.

A una señal de aquel hombre, los otros cuatro dejaron de amenazarnos con las escopetas, y se reunieron en un grupo.

—De todos modos,—dijo el baron de Pinto,—no reconozco el derecho que podais tener para interrogarnos.

—Ya os he dicho que os suplico,—contestó aquel hombre,—y vuelvo á rogaros me contesteis de caballero á caballero.

—Yo no puedo calificar á quien no conozco,—dijo el baron de Pinto.

—Yo soy,—dijo descubriéndose aquel hombre,—un extranjero, un francés, el marqués de Letour, á quien conoceréis muy pronto en la córte, señores; he comprado hace poco tiempo la quinta de los Encinares, y esta noche se ha fugado de ella una mujer; os

suplico me digais si la habeis encontrado; es jóven y hermosa, y debia ir vestida de blanco.

—No hemos visto nada de eso,—dijo el baron de Pinto,—que como ve vucencia llevaba la voz.

En cuanto al señor marqués de Tres-Saltos, estaba silencioso y contrariado; ya sabe vucencia que el señor marqués tiene muy mal génio.

—¿Y no creéis, señores,—dijo el marqués de Letour,—que es muy natural que encontrándoos yo armados y acompañados de un criado, armado tambien, por estos lugares apartados, cuando busco una persona fugada de mi casa, sospeche que vosotros, por una razon que no alcanzo, podais tener alguna parte en esa fuga?

—Esto es diferente,—dijo el marqués de Tres-Saltos,—esa suposicion es una provocacion.

—Callaos vos, os lo ruego,—dijo el señor baron de Pinto.—Realmente, nuestra presencia aquí, fuera de camino, á tal hora y en tal noche, y dadas las circunstancias en que este caballero se encuentra, exige una explicacion. Si despues de dada lealmente esta explicacion, porque nosotros no debemos consentir dure la creencia de que nos hemos mezclado en la fuga de una mujer, este señor no se satisface, nos habrá ofendido; pero yo no puedo explicarme si no se retiran esos hombres.

A una señal del marqués de Letour sus cuatro hombres se retiraron á una buena distancia.

—Pues bien,—dijo el señor baron de Pinto,—nosotros hemos venido esta noche á las diez á la pra-

dera de la Fuente del Cura, donde un amigo nuestro, del que somos padrinos, debia batirse en duelo por un asunto de honor. Los padrinos de su contrario habian llegado; poco despues este contrario llegaba tambien acompañado de un criado; se habia convenido que saliéramos por distintas puertas para evitar sospechas á causa de los rigurosos edictos contra el duelo, y habiamos elegido por punto de reunion la pradera de la Fuente del Cura. Habiamos llegado á la hora convenida; pero nuestro amigo tardaba, lo cual nos contrariaba en gran manera; al fin apareció este criado, que lo es de nuestro amigo, y nos dijo, que habiéndose asombrado por los relámpagos el caballo de su señor, se habia desbocado arrastrando á su ginete consigo; que él habia procurado alcanzar al caballo para cortarle, y no le habia sido posible, y que venia á darnos parte de lo acontecido. El duelo se ha aplazado, y nosotros nos hemos puesto en busca de nuestro amigo. Hé aquí por qué nos encontramos en este lugar.

—Os creo, caballeros, os creo,—dijo el marqués de Letour,—y os pido me excuseis por haberme dirigido á vosotros; bésoos las manos, y os pido licencia para seguir mi camino.

El baron y el marqués de Tres-Saltos estrecharon la mano del marqués de Letour, y éste se alejó á gran paso hácia la alameda.

—¡Una dama, jóven y hermosa, que se ha perdido!—dijo el baron de Pinto.—Tal vez alguna parisien, puesto que ese marqués de Letour debe perte-

necer á la córte de Francia. ¡Ah, las parisienses son el diablo! Alguna querida fugada con un cualquiera; allá se las componga el marqués de Letour; pero lo que á nosotros nos importa es buscar á nuestro amigo; no estando en la quinta de los Encinares, debe estar en el Pardo y en la hospedería; vamos, pues, allá.

En la hospedería nos dijeron que no habian visto ni aun la sombra de vucencia; pero añadieron:—Es posible que el señor conde esté en palacio.

—¡Cómo!—dijo el baron.—Si en palacio no debe haber nadie más que Cascajares, su mujer y los criados.

—Pues no, señor,—dijo el buen Pedrarias, el amo de la hospedería,—su alteza la señora princesa de Astúrias ha llegado hace dos horas con una escolta de dragones, y poco antes habia llegado para dar la guardia el primer batallon del primer regimiento de guardias walonas.

—¡Ah, pues á palacio!—dijo el baron.

Pero sucedió que los centinelas y un cabo que acudió, nos afirmaron con un empeño y una firmeza, que no parecia sino que les iba algo en ello, que vucencia no habia parecido por palacio, y nos intimaron de muy mala manera que nos retirásemos. En fin, señor, el baron de Pinto y el marqués, desesperanzados de encontrar á vucencia, se fueron á la hospedería, y yo, que no dispongo nunca de lo que no me pertenece, y en el número de las cosas que no me pertenece está mi persona, dije para mí:—Tú, Baltasar, no te puedes quedar en ninguna parte; pues—

to que no encuentras á tu amo, vuélvete á su casa, que tu amo parecerá por ella, si Dios es servido.

Y tomé otra vez el camino, á pesar de que Chispa estaba muy cansado.

Me volví por el mismo sitio con la intencion de quitar al Cómico el freno y poner su silla á la grupa de Chispa; pero no encontré al Cómico; sólo vi una profunda rastra, en la tierra mojada, que llegaba hasta el rio.

Sin duda alguien habia encontrado el caballo muerto, y para apoderarse de las estriberas y del freno sin que quedasen indicios del robo, arrastró el caballo hasta el rio y le arrojó á él.

Pero este alguien no podia ser un hombre, ni dos, ni tres; debieron ser muchos para poder arrastrar al Cómico.

En fin, fuera lo que fuera, el Cómico habia desaparecido; yo continué mi camino y me vine á casa.

—¿Y cómo te has metido en Madrid estando las puertas cerradas?

—¡Bah, señor! Yo conozco Madrid á palmos; entre el portillo del Conde-Duque y la puerta de Fuen-carral, cerca de los Pozos de la nieve, hácia la calle de San Opropio, la cerca esta portillada, y como Chispa es muy saltador, por allí me he colado yo.

—Vaya, bien; pues véte á buscar al señor baron de Pinto y al señor marqués de Tres-Saltos, y diles que yo les suplico me perdonen la incomodidad que les causo, y vengan al momento.

Baltasar partió, no de muy buena gana; pe-

ro guardándose de que su amo notase su disgusto. Don Luis se quedó paseándose en su dormitorio y gravemente pensativo.

De todos sus recuerdos inmediatos, el más determinante era el del marqués de Letour.

Aquel hombre le espantaba de una manera instintiva, y á la par le irritaba.

El era sin duda el tirano, el hombre terrible de quien habia huido Margarita.

En el primer momento de su aventura con María Luisa, por lo candente, por lo tentador, por lo extraordinario de la situacion, parecia como que la princesa lo habia dominado todo en el alma del conde.

Pero la princesa habia sido una dificultad vencida antes de ser dificultad.

El conde habia llegado á una situacion definitiva respecto á la princesa, y Margarita habia vuelto á ser para él un encantador misterio.

Además de esto, el conde, examinándose á sí propio, habia visto claro que la princesa era para él una embriaguez; pero que Margarita era el amor de su alma.

Por lo mismo, aquel hombre que tenia la clave del misterio que envolvía á Margarita, aquel hombre para defenderse de cual Margarita habia amenazado precipitarse por la ventana poco antes de fugarse; aquel hombre, á quien habia encontrado por una extraña casualidad en el mismo gabinete de la princesa y le habia llevado luego consigo, y le habia unido por solemnes juramentos á una sociedad misterio-

sa; aquel hombre, en fin, que habia tenido la presencia de espíritu de hablar con él de una manera tranquila, y aun pudiera decirse ligera, cuando le condujo de nuevo á palacio; aquel hombre, que sabia dominarse de tal modo, cuando no podia dudarse de que por la fuga de Margarita debia encontrarse en una muy mala disposicion del espíritu; aquel hombre, en fin, todo sombra y misterio, imponia al conde de la Salmedina, que no se aterraba por nada, un terror instintivo.

Su vida habia cambiado de una manera brusca.

Las aventuras de la noche anterior habian sido para él demasiado graves.

Dos obstáculos terribles se oponian á sus amores con Margarita: el primero la princesa, que tenia un incuestionable derecho al amor exclusivo del conde; el segundo el marqués de Letour, el misterioso secretario, el hombre tan gravemente empeñado por Margarita, como que la habia obligado á fugarse.

Todas estas cosas eran bastantes para preocupar profundamente al conde, y su preocupacion y sus encontrados pensamientos duraban cuando Baltasar volvió á anunciarle que el baron de Pinto y el marqués de Tres-Saltos acababan de llegar y estaban en el gabinete particular del conde.

Este se apresuró á ir allá.

—Y bien,—le dijo el baron de Pinto;—¿dónde diablos os traspapelasteis anoche, ó por mejor decir, dónde os trasarbolasteis, puesto que se trata del monte del Pardo?

—Me metí en palacio, amigos míos, —dijo el conde, —y he pasado la noche con mi teniente coronel.

—¡Pues si os hemos buscado en palacio, —dijo el marqués de Tres-Saltos, —y los centinelas y un cabo nos dijeron que no os habían visto!

—Sin duda llegásteis antes de que llegase yo; he andado perdido mucho tiempo, hasta que al fin he podido orientarme.

El baron y el marqués comprendieron que una de dos, ó el conde de la Salmedina decia la verdad, ó no queria decirla.

Fueron, pues, discretos en no aventurar ni una sola palabra más.

—Os ruego otra vez, amigos míos, —dijo el conde, —me perdonéis por las graves molestias que os causo. Ese desdichado incidente del desboque de mi caballo me tiene irritado, porque conozco harto bien al marqués de Arosa; es presuntuoso y vano, habrá creído sin duda que yo le tengo miedo, y lo propalará en daño de mi honra.

En aquel momento, un maestresala asomó la cabeza á la puerta y dijo:

—Con permiso de vuecencias; pero no puedo pasar por ménos: se me acaba de dar un pliego urgente del capitán general.

—Dámelo, —dijo el conde.

El maestresala entró y entregó el pliego á su amo.

Este le abrió y leyó lo siguiente: «Excelentísimo señor: Luego luego que vuecencia reciba esta orden, se pondrá en marcha con el segun-

do y tercer batallón del primer regimiento de guardias walonas de su mando para el real sitio del Pardo, adonde dicho regimiento ha sido destinado de guarnición durante la permanencia en el sitio de su alteza serenísima la señora princesa de Asturias. Dios guarde á vuecencia muchos años. Madrid 16 de Enero de 1766.—Excelentísimo señor.—El capitán general.»

—¿Lo veis?—dijo el conde,—yo no me pertenezco; será necesario que mi enemigo vaya al Pardo. Os ruego os entendais con él, y me enviéis un correo avisándome de la hora y del sitio del encuentro.

—Perfectamente, amigo mio,—dijo el barón de Pinto.—Probablemente antes de que lleguen al Pardo vuestros dos batallones habremos llegado nosotros.

—¿Cómo! ¿Vosotros mismos?

—Sí, no nos desagradará pasar algunos dias en el Sitio. La presencia allí de la princesa atraerá las más elegantes y bellas damas de Madrid, y allí hay más libertad, más facilidad para los encuentros. Pero adios, es necesario que cumplimenteis los dos «luegos» del capitán general.

Y el barón de Pinto y el marqués de Três-Saltos salieron.

El conde cambió de uniforme, y envió delante al Pardo á Baltasar con algunos criados, para que le tuviesen preparado el alojamiento en la parte principal de la hospedería.

Luego montó á caballo, y con dos ordenanzas y cuatro lacayos, montados tambien, se fué al cuar-

tel é hizo poner rápidamente en órden de marcha los dos batallones.

A las diez del dia éstos batallones entraban en el Pardo, en su cuartel.

El conde se trasladaba á la hospedería y ocupaba un extenso y magnífico aposento que habia ocupado muchas veces en iguales circunstancias.

Alli estaban ya el baron de Pinto y el marqués de Tres-Saltos.

Habian tomado cuarto en la misma hospedería.

—Pero esto es cosa de magia,—dijo el conde.

—No tanto, amigo mio,—dijo el baron de Pinto, que, á lo que se vé, llevaba siempre la voz;—hemos dispuesto de dos horas y media: en una hora nos hemos visto con los padrinos del marqués de Arosa; ellos se han entendido con él, y nos han dado contestacion. Esta noche se verificará el duelo en la ermita del Salto del Gamo á las diez.

—Pues estamos lucidos,—dijo el conde de la Salmedina,—esta noche no puede tener lugar el duelo; yo tengo la culpa: me he olvidado de deciros que hoy entro de servicio en palacio.

—Haceos sustituir,—dijo el marqués de Tres-Saltos;—será enojosa una nueva dilacion: ese hombre puede creer, con mucho más fundamento, que se le esquivá.

—Esperad,—dijo el conde de la Salmedina meditando;—todo consistirá en una variacion de sitio; yo os advertiré: el duelo se verificará esta noche, estad

seguros de ello. Ahora almorcemos juntos y sobre la marcha, porque sólo dispongo de media hora. A las once se releva la guardia, á las diez y media debo yo estar en el cuartel.

El almuerzo fué alegre.

Se recibían buenas noticias.

No cesaban de llegar convóyes de damas y de caballeros de la corte.

La hospedería estaba llena.

Se oían por los corredores frescas voces, y alegres y ruidosas carcajadas femeniles.

El día estaba hermosísimo.

Se pasearía.

Habría prolongaciones hácia el monte.

Podrían sobrevenir aventuras.

Terminado el almuerzo, el conde se fué al cuartel, y poco despues se hacia el relevo.

—Tengo la complacencia, mi coronel,—le dijo al entregarle la parada el marqués de Dos Puentes,—de que no os fastidiareis: almorzareis y comereis con sus altezas.

—¡Cómo!—exclamó el conde.—¿Está ahí el señor príncipe de Astúrias?

—Pues por supuesto: su alteza ha encontrado que hace hoy un magnífico día; que despues de la tormenta de anoche promete una abundante caza, y como su alteza se desvive por los venados, á caza se nos ha venido con todo el aparato de las grandes monterías. Además de eso, para entreteneros, os queda el secreto del espejo. Con que ahí os quedais: Te-

neis alguna orden que darne respecto al regimiento?
 —Ninguna, don Francisco, salvo que se aposente á los oficiales, como de costumbre, por mi cuenta. Dispensadme que os encargue esto, porque es en beneficio de ellos. Yo estoy prisionero por veinticuatro horas.

—Pero en prision dorada. Ea, adios. Pero á propósito: ¿qué habeis hecho de mis espuelas?

Y sonriendo de una manera epigramática, escapó.

—Acabará por adivinarlo todo el mundo,—dijo el conde, á quien habia preocupado gravemente el tono ligero y epigramático de su teniente coronel.—Y bien,—añadió,—esta es una razon más para que yo sea muy prudente y muy reservado.

En aquel momento asomó una cabeza característica á la puerta.

La del insigne Cascajares, conserje del palacio, que dijo:

—¿Me permite vuecencia?

—Adelante,—dijo el conde;—no podiais llegar más á tiempo; yo iba á llamaros.

—¡Ah! ¿Que es vuecencia, excelentísimo señor!—dijo Cascajares, estirándose la chupa, alargando el pescuezo y haciendo con la boca un gesto semejante al de un pavo que se traga una nuez, despues de lo cual se aplomó y quedó inmóvil en una actitud respetuosa.—Pues me alegro, si señor, me alegro; tengo muchas cosas que decir á vuecencia. En primer lugar, el jefe del cuarto de su alteza me ha mandado decir á vuecencia que su alteza almorzará á las doce;

se ha avanzado la hora, porque su alteza caza hoy. La señora princesa está algo indispuesta, y por consecuencia no irá á caza; dará la orden en su cuarto á las tres de la tarde; item: su alteza comerá sola á las cinco, porque el señor príncipe pasará la noche en el apeadero de la Torrentera. Esto por lo que respecta á palacio; ya sabe vuecencia la hora del almuerzo, la de la orden, la de la comida. Ahora,—añadió Cascajares, haciendo un mohín, guiñando un ojo, como si hubiera pasado por él una contracción nerviosa, bajando la voz y dándola un tono misterioso,—vengamos á la excelentísima señora doña Margarita.

—¡Qué! —exclamó el conde.

—¡Ah! Excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—ni Eduvigis ni yo hemos cerrado los ojos, ni aun nos hemos desnudado.

—Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?—exclamó lleno de ansiedad el conde.

—¡Ah, excelentísimo señor! Apenas su excelencia estuvo en el lugar secretísimo donde la hemos depositado, la acometió una congoja: nosotros no sabíamos qué hacernos. En fin, como no podíamos llamar al médico á causa del secreto, dándola primero té y despues tila, y luego yerba luisa, logramos se pasase aquello; allá á las tantas de la mañana se tranquilizó, se durmió, y rompió á sudar copiosamente. Hace dos horas ha despertado, é inmediatamente ha pretendido se busque á vuecencia.

—Pero, señora,—la he dicho yo,—hay que guar-

do profundamente el secreto. ¡Sólo mi mujer ó yo podemos buscar al señor conde, y no podemos movernos. Aquí está la señora princesa de Astúrias.

—¡Ah! ¡Está aquí la princesa!—exclamó doña Margarita.—Pues yo quiero verla, y verla cuanto antes.

—¡Cómo! ¿Eso ha dicho?—exclamó asombrado el conde.

—Sí, sí señor; y su excelencia tiene un génio muy fuerte, excelentísimo señor; ha habido momentos en que mi Eduvigis y yo hemos tenido miedo, porque su excelencia se irritaba de una manera terrible; necesario será que vuecencia ponga en esto un remedio, porque, francamente, por mucho que nosotros respetemos y amemos, y queramos servir á vuecencia, á tal punto llegan las cosas, que se hace necesario pedir socorro. Ahora mismo estoy yo vivamente inquieto, porque mi Eduvigis se ha quedado sola con su excelencia; y hay que advertir que su excelencia, sin hacerse cargo de las obligaciones imprescindibles que tenemos en esta casa, tanto Eduvigis como yo, no quiere quedarse sola.

Y Cascajares, repitiendo de nuevo aquel gesto de pavo que traga una nuez, y guiñando de una manera nerviosa el ojo izquierdo, se quedó mirando con ánsia al conde.

—Y bien,—dijo éste;—subid, tranquilizad á esa señora: decidla que yo estoy aquí de servicio, que en el momento en que se termine el almuerzo, ya próximo, de sus altezas, al que debo asistir, hasta la ór-

den, podremos vernos merced á ese pasaje secreto. Decidme: ¿no tiene llave la puerta del gabinete adonde corresponde ese pasaje?

—Si, señor, me habia olvidado: previendo eso, he traído la llave; tómela vucencia, y quédese vucencia con Dios, que voy á tranquilizar á doña Margarita.

Y Cascajares escapó.

—Ha querido ver á la princesa,—dijo,—ha querido ampararse de ella: luego la princesa la conoce. Es verdad; anoche la habló de ella el principe, al anunciarla su fuga, como de una persona conocida; yo no me atreví á preguntar nada á la princesa, hubiera sido hacerla sospechar; mi situacion se hace á cada momento más difícil... Y bien, adelante; esto es vivir: cuanto más se lucha más se vive.

El conde vió entonces en el reloj de la chimenea que eran ya las once y media, y haciéndose relevar por el segundo jefe de parada, subió al comedor.

Allí estaba ya el jefe del cuarto del principe, y la camarera mayor y las damas de la princesa, que, con el grande, jefe de parada, debian almorzar con el principe y la princesa.

A la una ménos cuarto el almuerzo estaba concluido, y el conde de la Salmedina ocupaba de nuevo su puesto de servicio.

Llamó á Baltasar.

—Siéntate en el recibimiento,—le dijo;—dí á los que lleguen que no recibó por el momento, que estoy muy ocupado. Si baja alguna órden, entras y

llamas á la puerta de aquel gabinete. Unicamente el señor Cascajares, el conserje de palacio, ya sabes, tiene la entrada franca.

—¡Ya!—dijo Baltasar, que como todos los criados inmediatos, se permitia ciertas libertades;—vuecencia está fatigado y quiere descansar.

—Sí, eso es,—dijo el conde,—y deseo no me moleste nadie. ¡Ah! señor Cascajares, entrad,—añadió,—viendo al conserje que adelantaba.

Cascajares entró, y el conde cerró la puerta dejando fuera á Baltasar.

—Y bien,—dijo Cascajares,—su excelencia y mi mujer están ya detrás del espejo, y es necesario que yo ayude á vuecencia, para que entre los dos hagamos posible que el espejo se abra.

—¡Ah, sí; el grupo de bronce!—dijo el conde contrariado.—¿Y tendreis vos bastante fuerza?

—Descuide vuecencia, que aunque parezco ruin, tengo mucho hueso. Vuecencia se convencerá bien pronto.

En efecto; el grupo fué quitado con mucha facilidad; y desembarazada completamente la consola, Cascajares subió á ella, oprimió el resorte, y el espejo se abrió.

Margarita estaba de pié, ocupando casi la estrecha entrada.

El conde lanzó una exclamacion de sorpresa y se puso pálido.

Margarita, á la luz de la luna y á la luz artificial, le habia parecido hermosísima; pero entonces, á la

fuerte luz del día, al dorado reflejo del sol que penetraba por la reja del gabinete, á través de sus cristales y de sus cortinas de muselina bordada, aparecía incomparable.

Bajó por la consola y por el sillón.

Entonces apareció por el lugar que Margarita habia ocupado Eduvigis, que desde allí hizo una profunda reverencia al conde, no todo lo completa que ella hubiera querido, porque no tenia espacio para retroceder; pero, en fin, bastante cumplida.

—Saludo y beso las manos á vuecencias,—dijo;—y no añado nada, porque mi marido y yo no tenemos ni un minuto nuestro. Con licencia de sus excelencias, Benito, monta.

—Excelentísimo señor,—dijo Benito, haciendo á su vez otra reverencia,—excelentísima señora, á las tres ménos cuarto, en que será necesario que su excelencia suba á la órden, yo tendré el honor de venir á franquear esa puerta. Beso los piés á vuecencia, beso á vuecencia las manos.

Y Cascajares trepó como un mono por el sillón y la consola, y un momento despues el espejo se cerró.

Quedaron solos Margarita y el conde.

Capítulo VIII.

Principios de explicaciones.

—¿Con que es decir,—exclamó Margarita, dando afectuosamente la mano al conde,—qué sólo tenemos una hora escasa para explicarnos?

A pesar de que la jóven había hecho un poderoso esfuerzo para contenerse, á pesar de que no podía dudarse de que la hacia sentir una viva alegría la vista del conde, se dejaba comprender la violencia de su carácter.

—Sentaos, señora de mi alma,—dijo el conde, que temblaba todo, impresionado de una manera terrible por la poderosa hermosura de la jóven.

Margarita se sentó.

Don Luis se sentó á su lado, teniendo entre las suyas las manos de Margarita.

—¡Oh! ¡Qué hermosa sois! ¡Qué arcángel!—exclamó el conde.

—Mejor, si os parezco tan bella,—dijo Margarita sonriendo;—así me protegereis mejor. ¡Ah! ¡No sabéis cuánto he sufrido y sufro!

—Y yo lo siento con toda mi alma, señora,—dijo el conde.—Cascajares me ha dicho que habeis pasado muy mala noche, y aun se me ha quejado de que no los habeis tratado muy bien.

—¡Ah! ¡Esa gentecilla!—exclamó Margarita, dejando ver un relámpago de impaciencia en sus hermosos ojos azules.—Tratándome con mucho respeto, eso sí, llenándome de excelencias hasta aturdirme, me han tenido en una especie de prision, y se han negado á obedecer mis órdenes; yo pretendia, y pretendo, puesto que la princesa está aquí, se la avisase, se la llevase una carta mia.

—¡De noche, Margarita, estando recogida su alteza!

—¿Y qué importa? Yo puedo hacerme anunciar á su alteza á cualquiera hora.

—Pero la etiqueta...

—Yo no reconozco la etiqueta: esos ratones del interior entran y salen á cualquiera hora en las habitaciones reales: para ellos la etiqueta no existe; son los servidores íntimos.

—Pero, Margarita, vos supisteis anoche de boca de mi amigo que su alteza estaba en palacio, y sin embargo, no pretendisteis entonces lo que habeis pretendido despues y pretendéis ahora.

—Es que yo queria que vos me perdiéseis de vista, que no supiéseis donde yo estaba.

—¿Y por qué, señora?

—Porque os temo y me temo: un enlace entre nosotros es imposible, y yo no sé adónde, atendido mi carácter, podría llevarme un amor desesperado; porque yo soy violenta, don Luis, os lo advierto, y las contrariedades me irritan, me embriagan y me llevan á un estado semejante á la locura.

—¡Ah, no! Vos no podeis protegeros de su alteza sin matarme, porque yo no podría sufrir que nadie os protegiese más que yo, porque yo no podría vivir sin veros, porque el solo temor de que no seais mia, mi esposa, mi alma, me enloquece.

—¿Y si eso fuera imposible, don Luis?—dijo Margarita.

—¡Imposible! Es necesario que yo conozca ese misterio.

—Pero ese misterio no me pertenece, don Luis.

—¿Cómo! ¿Habeis prestado algun juramento?

—No puedo deciroslo.

—Esa es una contestacion afirmativa, vos habeis jurado.

—No,—dijo Margarita, fijando una mirada profunda en el conde;—que yo no os pueda revelar nada, que yo no pueda unirme á vos, no quiere decir que yo haya prestado ningun juramento.

—Me parece recordar que anoche me prometisteis contarme vuestra historia.

—Anoche estaba yo muy exaltada, anoche se perdía mi cabeza; la desesperacion me ponía fuera de mí.

—¿Y no puedo saber por qué misterio vos os encontráis en una tal situación?

—No, y perdonadme; yo os lo revelaría todo, pero me es imposible; puede ser que un día... ¿Quién sabe!...

—Esto causará en mí una desesperación funesta, señora,—dijo don Luis, mirando ansioso á Margarita.

—Vos no os desesperareis, don Luis, porque vos comprendereis muy bien que nada importa que yo no sea vuestra esposa.

—¿Qué decís?

—Yo adoro el amor del alma,—dijo Margarita,—y en el matrimonio hay mucho de material, mucho de prosáico. ¿Para qué quieren más felicidad dos almas que están unidas por el amor?

—¿Habeis amado vos?—dijo con un acento singular don Luis.

—Jamás; siempre se me ha presentado el amor de una manera repugnante.

—Pero sois libre, ¿no es verdad?

—Yo no pertenezco á nadie, no he pertenecido á nadie: perteneceré probablemente...—dijo Margarita, fijando su mirada poderosa y serena en don Luis.

—¿Y qué es para vos el hombre que os ha obligado á huir?

—No puedo deciroslo.

—Anoche, sin embargo, me deciais que era un tirano, un hombre terrible.

—Os repito que yo estaba demasiada exaltada.

—Sí, exaltada hasta tal punto, que faltó muy poco para que por defenderos de él, os arrojáseis por la ventana.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Lo he visto yo; yo estaba á los piés de aquella ventana cuando vos la abristeis violentamente, y exclamásteis: si dais un paso más, me precipito.

—Pues bien; olvidadlo, don Luis, yo os lo ruego; no pretendais saber quién es el hombre que ha podido llevarme hasta tal punto, dar ocasion á que yo me encuentre aquí; si quereis que yo quede tranquila, juradme, don Luis, que vos olvidareis todo lo que pudisteis sorprender anoche.

—Os lo juro,—dijo don Luis.

—Juradme que no buscareis á ese hombre; que si por acaso alguna vez le conoceis nada hareis, nada direis que pueda demostrarle que vos habeis sido el que me ha amparado, que yo he estado en vuestro poder; las consecuencias podrian ser terribles para vos y para mí; vos podeis ser, respecto á vos, todo lo valiente; todo lo temerario que querais; pero respecto á mí debeis ser muy prudente; ningun mal os he hecho, y vos no querreis comprometerme de una manera terrible.

—Estad tranquila, señora,—dijo don Luis,—que yo no revelaré á nadie la aventura de anoche; pero podrá suceder muy bien que esa aventura se revele por sí misma; si esto sucede, no dudeis de mi honor, no habré sido yo quien haya hecho la menor revelacion.

—¿Creeis que vuestro amigo pueda faltar á su honor, revelando que yo he estado aquí?

—El marqués de Dos Puentes, señora,—dijo el conde,—es un viejo calavera incorregible; pero es tambien al mismo tiempo un cumplido hombre de honor; él callará, y os lo aseguro, los soldados que me han visto llegar con una persona encubierta callarán, porque se les ha impuesto como consigna el silencio, y saben bien que un soldado que falta á su consigna es pasado por las armas; no, el secreto está asegurado por parte; pero podrá suceder...

—¿Qué?—preguntó Margarita con una viva impaciencia.

—De toda aventura queda algun indicio, algun cabo suelto.

—¿Y qué cabo suelto ha quedado, don Luis?

—En vuestro aposento han quedado olvidadas mis espuelas.

—¡Cómo!—exclamó con una mala encubierta cólera Margarita.—¿Decís que vuestras espuelas han quedado olvidadas en mi aposento? ¿Y cómo ha podido ser eso? Pues qué, ¿en mi aposento habeis estado vos?

—Yo ignoraba quién vos fuéreis, señora; yo no podia prever que al conoceros debia apoderarse de mi alma el amor que me devora, ni podia adivinar el misterio que os rodea, la situacion extraña y excepcional en que os encontráis colocada.

—Pero ¿cómo habeis podido llegar hasta la quinta, que está fuera de todo camino? ¿Cómo, en

fin, habeis podido penetrar en mi aposento sin que yo me aperciba de ello?—exclamó Margarita, en la cual acrecia aquella cólera, que á pesar de todos sus esfuerzos no podia encubrir completamente.

—Yo, señora,—dijo don Luis,—habia salido á las diez de Madrid á caballo, acompañado de un criado, para asistir á un lance de honor.

—¡Ah! vos teniais empeñado anoche un lance de honor,—dijo Margarita, cambiando de expresion con esa infinita movilidad del alma de la mujer.

—Sí, señora, un desafio á muerte que ha quedado suspendido por un acaso independiente de mi voluntad, que se realizará muy pronto.

—Un lance de honor, sin duda por una mujer,—dijo Margarita, encubriendo mal una expresion de despecho.—¡Ah! perdonadme,—añadió vivamente;—¿qué me importa esto? ¿Qué derecho tengo para interrogaros?

—Si yo no fuese libre, completamente libre, señora; si yo amase, amaria de tal manera, que á pesar de vuestra divina hermosura, no hubiera sentido por vos amor; yo no he amado nunca, os lo juro: mi único amor sois vos, no amaré á otra, me atrevo á asegurároslo; y sin embargo, mi desafio era y es á causa de una dama.

—¿A quién no amáis?—dijo con un mal contenido sarcasmo Margarita;—y sin embargo, os batis por ella: ¿es vuestra madre? ¿es vuestra hermana? ¿es vuestra parienta? Pero perdonad, os estoy interrogando; esta es demasiada curiosidad en mí.

—¿Y por qué no decir que esos son celos, señora de mi alma?

—Y bien, aunque lo fuesen,—dijo Margarita, inundando de felicidad al conde con una mirada inmensa,—¡yo no tengo derecho á manifestarlos!

—Vos teneis derecho á todo lo que me pertenece, á todo, hasta la salvacion de mi alma.

—¡Ah! no blasfemeis, don Luis,—exclamó Margarita, dejando conocer que era profundamente religiosa.

—Yo estoy desesperado, señora,—exclamó con vehemencia el conde;—el haberos encontrado ha sido para mí una desgracia inmensa, cuando podia ser una felicidad infinita. ¡Oh, si vos me amárais!

—Pero yo os amo, don Luis; yo os amo: si no os amara, no sentiria estos celos crueles; si, si, yo tengo celos; esto os lo puedo decir; no hay nada que no me obligue á no amar, y ahora no tengo duda de que os amo, porque siento un despecho terrible. ¡Ah, el amor es un misterio! ¿Cómo puede amarse tanto en tan poco tiempo?

—¡Oh! ¡Si!—exclamó el conde.—¿Cómo puede amarse tanto en tan poco tiempo?

Y en un movimiento irreflexivo extendió sus brazos hácia Margarita.

—¡Ah! Teneos,—exclamó ella en un indomable movimiento de altivez;—teneos, no me toqueis, no me ofendais, porque creeré que sois un villano.

—¡Ah!... Perdonadme, Margarita; ¡pero yo estoy loco!

—¡Loco, loco! ¿Y qué es la locura?—exclamó como hablando consigo misma Margarita.

—La locura es la muerte del alma sepultada en un pobre cuerpo viviente; la locura puede contraerse con mucha facilidad y en muy poco tiempo, como en muy poco tiempo se contrae el amor que produce la locura.

—¡Ah, don Luis!—exclamó Margarita.—Sed valiente y fuerte, salvaos y salvadme; no hagais que yo tambien me vuelva loca, que lo olvide todo. ¡Oh! ¡Seria horrible! No, no; por amor mio, respetadme, don Luis, dominad vuestro corazon como yo domino el mio; pero decidme, decidme si es vuestra madre, vuestra hermana, vuestra parienta, esa mujer por quien debeis batiros.

Y Margarita habia cambiado; dejaba ver aún la cólera y la impaciencia, pero á la par suplicaba.

Su acento era dulce, melancólico, sentido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Yo no tengo madre, ni hermana, ni esposa, ni más parienta que una anciana tia,—exclamó don Luis;—fuera de ella, estoy solo en el mundo; yo perdí, niño aún, mis padres.

Y los ojos del conde se arrasaron de lágrimas.

—¿Y no es por la memoria de vuestra madre por quien os batis?—exclamó de una manera opaca Margarita.—Perdonadme; pero yo tengo celos, soy violenta, voluntariosa, os amo; hablad.

—¿Y quién se atreveria,—dijo de una manera profundamente sentida el conde,—á nada que pudiese



empañar, ni aun de la manera más leve, la memoria de mi madre? No; yo me bato para helar la lengua infame que se ha atrevido á propalar una calumnia, que ha supuesto que entre una dama casada y yo existen relaciones amorosas.

—¡Ah! Cuando se calumnia, hay siempre algo debajo de la calumnia, algo que es verdad.

—Os juro que todo ello no es más que una suspicacia miserable; todo consiste en que esa dama me ha distinguido algo más que á otros.

—¿Y quién es esa dama, don Luis?—dijo Margarita con una ansiedad inmensa.

—¡Ah! Perdonad, perdonad, señora,—exclamó don Luis, dejando ver en su semblante una expresión de espanto;—pero yo no puedo deciroslo.

—¿Decís que soy vuestra alma, y teneis secretos para mí?

—Para mí los teneis vos.

—¡Ah, don Luis, don Luis! Sois poco generoso; abusais de la posicion en que, respecto á mí, os ha colocado una fatalidad. ¡Oh, por qué os amo tanto, Dios mio! ¿Por qué os amo sobre todo? ¿Por qué me parece que os conozco hace una eternidad, que durante una eternidad os amo? ¿Por qué me volveis loca?

—¡Oh, Margarita, Margarita! ¿Es eso verdad?

—Sí, Dios mio, sí; á medida de que mi temor de que ameis á otra crece, siento crecer en mí el amor que me inspirais. ¡Ah! Decidme, decidme el nombre de esa mujer.

Y Margarita rodeó con sus frescos brazos los hombros del conde, y le miró á muy poca distancia, halagándole, acariciándole, devorándole, enloqueciéndole con su mirada.

—¡Ah! Pues bien,—dijo el conde;—pero vos no tendreis secretos para mí.

—No, ni vos para mí.

—No, pero sereis mia,—exclamó trasportado el conde.

—Vuestra, ¿acaso no lo soy ya? Pero tened compasion de mí, don Luis, tened compasion de mí; no os aprovecheis de esta locura que se ha apoderado de mí de una manera tan extraña, tan violenta; respetadme, respetad las grandes razones que producirian una inmensa desgracia para vos y para mí, si yo fuese vuestra; en cuanto á mí, nada me importa el peligro, la muerte; qué ¿no he estado á punto de matarme anoche desesperada? Pero decidme, decidme: ¿quién es esa mujer cuyo amor se os atribuye, por cuyo honor os véis obligado á matar á un hombre?

—Os he dicho, alma de mi alma, que no tengo ya secretos para vos, y os lo voy á probar; os lo voy á revelar todo, faltando á mi honor, á mi conciencia, convirtiéndome en vuestro esclavo, sin voluntad, sin más voluntad, sin más vida, sin más deseo que para adoraros, y sin medir el peligro; ¿qué me importa el peligro, si vos os enojais conmigo porque yo tenga secretos para vos? Esa mujer, esa dama, esa noble señora, es la princesa de Astúrias.

Palideció mortalmente Margarita.

—¡Ella os ama!—dijo.—Sí, la conozco bien; y ¿cómo, cómo no lo he adivinado? Vos estais en la córte en lo más alto; vos estais desde que ella vino á España con su imbécil marido, viéndola todos los dias, dejándoos ver de ella. ¡Ah! Ella se ha educado en la galante córte de Parma, ella es impresionable, voluntariosa, vehemente, antojadiza. ¡Ah! ¡Si! ¡La princesa de Astúrias es vuestra querida!

—¡Margarita!

—Sí, vuestra querida; os habeis turbado, habeis bajado los ojos, os habeis puesto encendido. ¡Ah! Yo os desprecio, sois un miserable.

—¡Por piedad, Margarita, oidme!

—Es verdad, vos habeis ocultado esos amores, vos habeis sido, lo creo, un caballero; pero ella no ha podido contenerse, ella ha dejado ver sin duda... Han murmurado, y vos os batis por ella. Os lo repito, conde: sois un miserable y un infame; cuando un hombre tiene empeñado su corazon y su honor como vos lo teneis, no debe decir amores á otra mujer, si esa mujer es digna y pura, porque diciéndola amores la insulta, la engaña; es un cobarde.

Margarita aparecia terrible.

Sus ojos arrojaban fuego, amenazaban, despreciaban, mostraban una desesperacion infinita, todo á un tiempo; temblaba de una manera violenta, y su palidez habia llegado á ser cadavérica.

—¡Ah, matadme!—exclamó el conde desesperado;—pero oidme.

—¿Y qué podreis alegar en vuestra defensa?

—Cuando yo os conocí, Margarita, nada existía entre la princesa y yo; pero despues de haberos conocido...

—Decid, decid,—exclamó Margarita.

—Despues de haberos conocido...

—Sed valiente, don Luis, sed audaz, decidlo todo.

—Una curiosidad funesta, Margarita; si yo no os hubiera encontrado... ¡Ah! si yo no os hubiera encontrado, la princesa y yo...

—Continuad, continuad.

—Yo no sé... Mi cabeza se pierde... Inluís en mí de una manera terrible; yo no puedo negaros nada, Margarita, y sin embargo, estoy faltando á mi honor, estoy vendiendo el secreto de una mujer.

—Secreto que ella ha revelado sin pudor á todo el mundo,—dijo con una calma terrible Margarita;—sí, á todo el mundo, puesto que si vos habeis sido tan torpe ó tan ciego que no lo habeis conocido, otros han conocido que María Luisa os amaba.

—Dejadme, dejadme que empiece por el principio, Margarita. ¿Cómo podeis dudar de mi amor? ¿No veis que me estoy muriendo?

—Hablad, hablad, yo os escucho, necesito oiros; no quiero engañaros: yo me estoy muriendo tambien; yo deseo poder perdonaros. ¡Oh, sí, sí! ¡Si hubiérais sido su amante antes de conocerme... pero despues de conocerme... ¡Oh, Dios mio! ¡y estos son los hombres! ¡y estos son el destino de la mujer! Hablad, hablad, don Luis; os escucho impaciente.

—Llovia, relampagueaba, cuando mi criado y yo

tomamos el camino de la pradera de la Fuente del Cura; asombrado mi caballo por los relámpagos, se desbocó y me arrastró consigo más allá del Pardo; cuando se detuvo reventado, salté de él antes de que cayese muerto, y avanzando á la aventura entre la oscuridad, que era densísima, ví de repente, á alguna distancia, un cuerpo luminoso cuadrado: era la vidriera de la ventana de vuestro aposento, en la cual se reflejaba una luz.

Avancé.

Necesitaba un lugar hospitalario.

La lluvia se hacia de momento en momento más violenta, y el viento y el frío eran insoportables.

Llegué hasta la quinta, y me detuve irresoluto.

Yo temia molestar á los habitantes de aquella casa.

De improviso se abrió con violencia la ventana y aparecísteis vos en ella, y dijísteis:—Si dais un paso más, me precipito.

Se oyó una voz ronca é indistinta para mí en el interior.

Luego el ruido de una puerta que se cerraba violentamente.

Vos permanecísteis algun tiempo en la ventana.

Después os retirásteis de ella, y cerrásteis la vidriera.

Por un instante, vuestra sombra gentil se recostó sobre los cristales.

Luego se retiró, desapareció.

Yo entonces, Margarita, era audaz.

Ahora no lo soy; me habeis trasformado; tiemblo delante de vos, muero, me siento dominado, absorbido por vos.

Vos lo sabeis, puesto que de ella os habeis servido para escapar: sobre el muro, al lado de la ventana, torciéndose sobre ella, hay una parra.

Parece una escala puesta de intento.

Yo trepé por la parra, llegué á la altura de la ventana, os vi y me encanté.

Entonces empecé á amaros, Margarita.

Yo veia vuestro encantador, vuestro purísimo perfil.

Teniais la cabeza inclinada sobre el pecho, y las manos abandonadas sobre vuestras rodillas, cruzadas.

Vuestra figura se recortaba sobre el fondo oscuro de la estancia.

Estábais sumida, al parecer, en una profunda desolacion, y arrebatadora, hechicera, irresistible.

Yo me sentia atraido por vos de una manera in-contrastable.

Pero no sabia qué hacer.

Llamaros la atencion haciendo ruido en la ventana, era muy aventurado.

Podiais asustaros y huir.

Mientras yo luchaba con mi vacilacion, mientras yo buscaba un medio para hacerme notar de vos sin asustaros, vos os levantásteis, os dirigisteis en paso lento á la ventana, y os detuvisteis irresoluta á alguna distancia de ella.

Luego hicisteis un movimiento de decision.

Fuisteis á una mesa que habia en el centro de la estancia, tomásteis una luz, os dirigisteis á una puerta lateral, y desaparecisteis por ella.

La habitacion quedó á oscuras.

Entonces desemplomé yo un cristal, metí el brazo, abrí la vidriera, y penetré en la habitacion.

La locura que me domina habia empezado ya.

Yo necesitaba buscaros, encontraros, hablaros, deciros que os amaba, protegeros, salvaros si era necesario.

Vos estábais en la habitacion inmediata.

Me lo indicaba el reflejo de la luz que se marcaba en la abertura de las colgaduras de la puerta.

Yo queria llegar á vos sin ser sentido, y para ello me quité las espuelas y las dejé junto á la ventana.

—¿Y esas espuelas, don Luis? ¿esas espuelas?— exclamó con un vehemente cuidado Margarita.

—Las he olvidado, las he dejado allí, y esas espuelas han sido encontradas.

—¿Quién os lo ha dicho?—añadió, creciendo en cuidado, Margarita.

—El.

—¿Y quién es él?

—El es el príncipe del Sacro romano imperio, marqués de Letour.

—¿Por qué no decís su nombre?

—Porque no me acuerdo.

—¿Y dónde habeis encontrado á ese hombre?

—En el gabinete de la princesa.

—De modo que esa mujer,—exclamó con vehe-

mencia Margarita,—arrostra por todo, y recibe á Armagnac cuando vos estais á su lado.

—Yo estaba oculto, Margarita, y la noticia de que monsieur de Armagnac habia encontrado en vuestro aposento mis espuelas, la tuve porque Armagnac se disculpó de haber tardado á la cita con la princesa, por vuestra fuga, y á propósito de ella, habló de mis espuelas encontradas en vuestro aposento.

—¿Es decir,—exclamó, enrojeciéndose vivamente Margarita,—que Godofredo de Armagnac, que María Luisa, creen que yo he huido con un amante?

—¡Oh! Perdonadme, Margarita; yo no tuve tiempo de recoger mis espuelas; vos escapábais, yo temia se me os perdiéseis entre la oscuridad; además, yo estaba violentamente sobrecitado, y no me acordé de esas malaventuradas espuelas.

—¿Y esas espuelas tienen alguna señal por la cual se pueda venir en conocimiento de que son vuestras?

—¡Ah! ¡no! ni tienen mis armas ni la cifra de mi regimiento; son simplemente unas espuelas de militar, de jefe, y esto es muy vago; pues qué, ¿no hay más jefe militar que yo en Madrid?

—Pero yo nunca he estado en Madrid,—dijo Margarita;—en Madrid no me conoce nadie, y vos, que sois un jefe militar, habeis estado anoche por los alrededores de la quinta.

—Sin embargo, nada ha sospechado el marqués de Letour; por el contrario, me ha tratado con una gran confianza.

—Eso nada prueba; ese hombre posee el arte del